



**El precio
de**



tu *Mentira*

Vanessa Lorrenz



El precio

De tu

Mentira

Vanessa Lorrenz

“Quizás te diga un día que deje de quererte, aunque siga queriéndote más allá de la muerte; y acaso no comprendas, en esa despedida, que, aunque el amor nos une, nos separa la vida.”

José Ángel Buesa

Título: El precio de tu mentira

Portada: Vanessa Lorrenz

©2018 Vanessa Lorrenz

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Enero, 2018

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Agradecimientos

Es para mí un honor comenzar el año con esta novela, recuerdo que hace unos años en una situación delicada pedía a Dios que me diera Sabiduría para encontrar el camino, y me puso aquí. Y también me dio excelentes lectoras, que perdonan mis fallos y que están ahí forjando una amistad, esta novela está especialmente dedicada para Laura Itali Mercado Trejo, porque me has dedicado hora, de tu vida para leer mis novelas, por seguir mi amistad, y por apoyarme cuando más he necesitado que alguien me diga “sigue adelante” muchas, muchas gracias Laura, espero que la disfrutes, con mucho cariño de parte de tu amiga.

Vanessa Lorrenz

Capítulo 1

Todas las alarmas de su cuerpo se dispararon al escuchar la voz entrecortada de su madre al teléfono, aún no sabía que era lo que pasaba exactamente, sólo logró escuchar la palabra papá y secuestro, ¡Pero eso no podía estar pasando! Agitada salió de la sala de juntas empujando a cualquiera que se le atravesará en su camino para llegar lo más pronto posible a casa de su madre.

Pero cuando llegó todo había pasado, en el lapso de unas horas, unas malditas horas a su padre lo habían secuestrado y asesinado, no pidieron rescate, ¡nada!, sólo encontraron su cuerpo dentro de una camioneta, con un impacto de bala. Natalia lloraba desconsolada entre los brazos de su madre, no era posible que, así sin más, unos hombres acabaran con la vida de su padre, que siempre fue un hombre excepcional, un marido dedicado a su familia, pero sobre todo un hombre de honor.

Estaban hablando con unos agentes de la policía cuando llegó a la casa Robert el segundo al mando en la empresa de su padre, estaba tan tranquilo que le dio una rabia inmensa que se lo tomará todo con calma.

La razón exacta de su odio por Robert la desconocía, pero era algo que no podía evitar, aunque sabía perfectamente que se estaba mintiendo. Cuando llegó a trabajar con su padre, hizo todo lo posible por ir escalando de posición hasta situarse donde estaba, de un simple arquitecto ahora era la mano

derecha de su padre, quien tenía igual poder dentro de la empresa igual que si fuera el dueño. Eso la llenaba de rabia, ella que se mató estudiando para trabajar en la empresa familiar, la relegaron a trabajos sencillos en una planta inferior en el área de administración, mientras que el hijo predilecto de su padre era Robert; aunque no llevará la sangre de su familia, era para sus padres como un hijo más.

—Robert querido, que desgracia más grande ha pasado, estamos destrozadas.
—dijo su madre en cuanto lo vio entrar por el umbral de la puerta, arrojándose a sus brazos para ser consolada.

Su peor enemigo en persona envolvió a su madre en un fuerte abrazo, estaba ahí como siempre con su uno noventa de estatura, su porte elegante, su cabello negro noche al igual que sus ojos heladores, que en esos instantes la observaban como si ella fuera la culpable de todo, mientras su madre no se percataba de nada, tan sumida en su profundo dolor. ¡Estúpido!

—Elena no sabes cómo lo siento, pero quiero que sepas que aquí estoy para apoyarlas en todo lo que necesiten.

—Gracias Robert no sabes cómo agradezco tu apoyo. —su madre aún sollozaba, limpiándose las lágrimas en un fino pañuelo de seda.

—En unos momentos me encargaré de los preparativos para el funeral de su Arturo.

—Gracias hijo, en este momento no tengo cabeza para nada. Si me disculpan necesito descansar un momento, voy a mi recámara a recostarme un rato.

—Es lo mejor Elena. —dijo el insufrible separándose de su madre, para acompañarla hasta las escaleras de media luna que daban acceso a la parte superior de la casa.

— ¿Quieres que te acompañe madre? Estas muy alterada.

—No hija, mejor te agradecería que apoyaras en todo a Robert, no quisiera cargarle mucho la mano, con todos los trámites que le esperan.

En cuanto su madre desapareció de la vista de los dos, ella se volvió fulminando con la mirada a Robert.

— ¿Se puede saber que te propones?—posiblemente no debería de actuar de esa manera, pero el simple hecho de que ese hombre no estuviera sufriendo la pérdida de su padre la estaba matando.

—No entiendo a tu pregunta Natalia.

— ¡No te hagas el idiota!, está claro que sabes a lo que me refiero, que ganas con venir a ofrecerte para los tramites, ¡yo los voy hacer, es mi padre no el tuyo!—gritó sin poder evitarlo, reflejando en su tono de voz todo el dolor que sentía por dentro.

—Aunque no lo creas dulzura, Arturo para mí fue como un padre, y su partida me duele igual o más que a ti.

— ¿Por qué? ¿Por qué se te acabo tu reinado en la empresa de papá?

—Nunca creí que no tuvieras corazón Nat—dijo usando el diminutivo con el que siempre la fastidiaba, aunque su padre lo usaba para referirse a ella, dicho en los labios de ese hombre sentía como una golpe en el hígado nada más de escucharlo—, nunca creí que fueras capaz de pensar sólo en la empresa cuando a tu padre lo acaban de asesinar. No dejas de sorprenderme. Con estas acciones sólo me confirmas que es verdad lo que Arturo decía de ti, únicamente eres una niña caprichosa y mimada que necesita que la bajen de su nube rosa en la que esta subida.

Las palabras de él hicieron que una furia contenida desde años atrás saliera precisamente en ese instante. Sin saber muy bien como lo hizo; le propinó una bofetada, que retumbo por toda la casa.

— ¡Nunca en tu maldita vida, te vuelvas a acercar a mí, ni a referirte a mí persona con esas palabras!, sabes, estoy cansada de competir siempre contigo por el aprecio de mi padre, y estoy cansada de que siempre ganaras, pero mi padre ya no está, así que prepárate para lo que viene, porque esta vez no te dejaré ganar.

Robert tomó su rostro entre sus manos apretándola provocándole dolor por su agarre.

—Mira niñita consentida, te voy a decir que a mí el que me la hace me la paga, yo que tú no cantarías victoria dulzura, esta —dijo sobándose la mejilla donde lo había golpeado—me la vas a pagar y muy caro, que tu padre no supiera ponerte límites no quiere decir que los demás vamos dejar que nos mandes con tan sólo mover un dedo.

La soltó de pronto haciendo que ella retrocediera, por la fuerza con la que la empujó.

— ¡Eres un maldito bastardo! ¡Me oyes, te odio, te odio con todas las fuerzas de mi alma!, espero que desaparezcas de nuestras vidas para siempre—gritó Natalia con todas sus fuerzas. Mientras veía a ese hombre darse la vuelta al momento que se acomodaba los botones de la chaqueta de su traje, para después salir de la estancia riendo a carcajadas.

— ¡Ya veremos quien ríe al último, estúpido bastardo, considérate fuera de la empresa! porque eso va a pasar en cuanto tomé las riendas de la empresa. ¡Eso te lo juró!—murmuro entre dientes a la puerta cerrada por la que había desaparecido Robert.

En contra de lo que ella quería, Robert fue el encargado de los preparativos del funeral, velaron a su padre dos días, para darle cristiana sepultura al tercer día.

Su madre estaba sumida en una profunda depresión, no hacía más que llorar todo el tiempo, pero era comprensible, si a ella le mataran al amor de su vida estaría peor, sin comprenderlo en su mente apareció la imagen de Robert; pero la desechó al instante, ese estúpido engreído tenía las horas contadas dentro de su empresa.

Durante la siguiente semana todo fue muy triste para ellas, los días pasaban de manera lenta, su madre se pasaba la mayor parte del día llorando sobre la cama, abrazada aun portarretratos de plata donde se encontraba una foto de los tres en sus navidades. Ese año definitivamente todo sería distinto. La vida de hecho ya comenzaba a ser muy distinta sin su padre levantándose temprano por la mañana para desayunar con ellas, era cierto que su padre tenía cierta debilidad por Robert pero siempre profesó un amor incalculable para ella. Pero ahora les tocaba enfrentar el mundo solas.

Capítulo 2

La empresa de su padre, era una importante constructora donde prestigiados arquitectos trabajaban diseñando todo tipo de construcciones. Natalia se había especializado en dirección empresarial, no hacía falta un arquitecto más en la familia, con que el hijo prodigio fuera el mejor en su campo, era más que suficiente. Tontamente tenía la ilusión de que así su padre la tomaría más en cuenta a la hora de asignarle su puesto en la empresa, pero ¡oh sorpresa! se había equivocado totalmente. Ya que fue delegada a estar en el piso administrativo, luchando a cada paso para poder escalar dentro de su misma herencia familiar.

En cuanto puso un pie en la constructora miles de recuerdos se agolparon en su mente. Su padre saliendo de ahí, con su impecable traje, cuando tenían oportunidad de salir juntos; le tomaba de la mano y le decía que ese magnífico imperio era su orgullo. Que haría cualquier cosa para nunca verlo caer. Robert siempre detrás de su padre, le decía que era una empresa tan sólida que jamás llegaría a caer. Pero bueno lo mismo habían dicho del titánic y las torres gemelas y las dos ahora estaba destruidas.

Caminó por los amplio pasillo sin percatarse de la mirada de pena que embargaba a los empleados; su padre siempre fue un jefe consiente de que sus empleados eran lo primero. Estaba claro para él, que sin empleados

capaces y bien remunerados, la empresa no sería lo que era en ese momento. Sólo se escuchaba el repiquetear de sus zapatillas, sobre el inmenso silencio que reinaba en las estancias, seguramente todos estaban a la expectativa de que es lo que pasaría en ese instante.

Subió al ascensor que la llevaría, al décimo piso donde se encontraba la presidencia, no había pisado la constructora por órdenes expresas de su padre, orden que se la hizo saber el abogado el día del sepelio. Únicamente se podía presentar ahí para la lectura del testamento; donde aclararían la situación financiera de todo.

Darían la empresa completa por tener de nuevo a su padre de nuevo junto a ella, la herencia, la empresa, las acciones en la bolsa todo eso no era más que puras cosas superficiales, una lagrima resbaló por su rostro solamente de pensar que jamás lo vería de nuevo, detrás de su imponente escritorio.

Nunca en su vida pensó en sentir un dolor tan grande y lacerante, que le atenazaba el alma. Era como si una parte de ella estuviera perdida, ahora su madre y ella estaban incompletas: su familia estaba incompleta. Lo único reconfortante de todo, es que seguramente no volvería a verle la cara a Robert, ese era un maldito aprovechado que únicamente gozaba de la preferencia de su padre.

Pero afortunadamente eso se había acabado. Ahora sólo quedaba decirle de la manera más educada posible que abandonara las instalaciones de la constructora y buscará otro hombre al que andar siguiendo como perrito faldero. Aun recordaba la primera vez que lo vio entrar a su casa, Natalia acababa de llegar de la universidad para las vacaciones decembrinas, todo parecía ir de maravilla, adornó la casa con su madre, juntas eligieron el menú de aperitivos y comida central que se serviría en la cena de navidad; pero todo su mundo se paralizó en cuanto posó sus ojos en ese insufrible hombre

que únicamente había llegado para amargarle la existencia.

Para la cena ella había elegido un hermoso vestido color dorado, que resaltaba su cabello castaño, se había maquillado ligeramente, y su cabello le había dado forma con unas ondas gruesas, para después sujetarlo en un moño alto, dejando unas hebras rizadas que le daban un aire coqueto. Su madre estaba elegante con su vestido rojo y su cabello recogido en un moño francés a la altura de la nuca; bajaron tomadas de las manos, sonriendo a su padre que estaba al pie de la escalera, pasaron al interior del salón donde sus amistades más allegadas y los empleados de la constructora estaban esperando para pasar con ellos la navidad, y ahí estaba él; parado frente a la chimenea con una copa de champagne en su mano, mientras hablaba animadamente con uno de los chicos de sistemas de la empresa.

Su corazón se paralizó en ese momento, nunca en su vida un hombre había llamado tanto su atención como aquel desconocido. Su padre se acercó con ellas del brazo, hasta donde estaba el desconocido provocando que su muy paralizado corazón comenzara a latir desenfrenado. El desconocido sonreía amablemente a sus compañeros de trabajo, y ella prácticamente había perdido el habla. Su cabello negro levemente rizado, dejaba un mechón rebelde que caía sensualmente sobre su frente. Cuando él giró su rostro, logró ver que tenía los ojos negros como la noche, los cuales la cautivaron al instante; aquel día los ojos de él tenían una chispa cuando se posaron en ella, pero fue cuestión de un segundo, porque al instante vio cómo se tensaba y cambia su semblante risueño por un ceño fruncido justo en el instante en que ellos llegaban a su lugar.

Esa era la misma mirada que siempre le dirigía a ella, como si siempre estuviera enojado, y ella fuera la culpable de todos los males que aquejaban al universo. Natalia suspiró antes de pararse frente a la puerta del despacho que,

hasta unas semanas atrás era el que ocupaba su padre.

En cuanto la abriera, su vida cambiaría para siempre, aunque el alma le doliera tenía que aceptar la realidad, su padre ya no estaba con ella, y ahora le tocaba sacar adelante la empresa. Tomando una última bocanada de aire, giró el pomo de la puerta entrando sin siquiera llamar.

Tres miradas se giraron al mismo tiempo, los abogados, y para su mala suerte Robert. El abogado jamás le dijo que él tenía que estar presente, pero ahí estaba, tan guapo como siempre con su impecable traje color azul, y corbata roja. Muy significativo que llevara el atuendo que a ella le encantaba. Sí, aunque lo odiaba con toda el alma, eso no le impedía admirar lo guapo que era. Vamos, que era una mujer con sangre en las venas. Por un instante se sintió insegura, no lograba comprender como es que un hombre tenía el poder de hacer que todo su autocontrol saliera volando.

—Buenos días, caballeros—dijo en tono sarcástico mirando a Robert—comenzamos con la reunión.

—Enseguida señorita, sólo estamos esperando al abogado del señor Daniells. —dijo Duncan, el abogado de la familia e íntimo amigo de su padre. Giró la vista y vio que el mejor amigo de su padre también estaba muy afectado por la reciente pérdida.

—Tenía entendido que sólo los familiares de mi padre estarían presentes, no entiendo que es lo que hace aquí el caballero—dijo de manera sarcástica, señalando a Robert, que sólo la miró como si quisiera fulminarla.

—De esta manera lo ha estipulado tu padre Nat, —que la llamará por el apelativo cariñoso que su padre utilizaba, provocó que los ojos de ella se llenarán de lágrimas.

—Bien—fue lo único que fue capaz de decir, no tenía cabeza para estar pensando en temas legales, pero tenía que ser fuerte y afrontar la situación.

Por suerte en ese instante la puerta se abrió para dejar pasar a Mike el amigo de Robert, y su representante legal. Con el paso de los años, el mejor amigo de Robert se fue integrando a la familia, y para ella era como si fuera un amigo cercano.

—Hola pequeña, ¿Cómo estás? —dijo el recién llegado nada más entrar en la habitación. Nadie le había hecho esa pregunta, nadie había tenido la amabilidad de saber si ella estaba bien. Su madre sumida en una profunda depresión, apenas si era consciente de lo que pasaba; llorando todo el día en la obscuridad de su habitación. Y más allá de su madre lamentablemente no había nadie más en su familia.

—Bien, dentro de lo que cabe dadas las circunstancias. —dijo sonriendo débilmente y aceptando el abrazo de su amigo.

—Sabes que estoy aquí para lo que necesites, no dudes en venir en a mí si necesitas ayuda.

Por un momento sintió que las fuerzas la abandonaban, quería salir huyendo de ahí a cualquier lugar del mundo, donde no sintiera el dolor de perder a su padre.

Los abogados al ver que estaban todos los que fueron requeridos para la lectura de las últimas especificaciones de su padre en caso de que algo le sucediera; comenzaron la reunión mientras su mente era un hervidero de pensamientos, tenía la mirada fija en los hombres que hablaban al momento que sacaban varios folios, y comenzaban a entregarlos a cada uno de los asistentes. Por un momento le pareció extraño que su madre no fuera requerida a la reunión, pero tal vez, como se tratarían asuntos relacionados

con la empresa; su padre no quiso ponerla en apuros al tener que lidiar con cláusulas.

Sin proponérselo su mirada fue a parar a Robert que estaba muy concentrado observando las cláusulas de las hojas que le pasaron a cada uno, las cuales ella aun no era capaz de abrir. Claro que el muy aprovechado seguro estaba ya contando con que su padre le dejaría algo. Esperaba con todas las fuerzas de su alma que su padre lo dejará en la calle, sólo era un oportunista más de los muchos que rondan por la ciudad.

Si tenía que ser honesta con ella misma, diría que lo que más le dolía de tener a Robert cerca, eran sus constantes rechazos, al comienzo ella tenía el tonto enamoramiento de una chica de su edad. Pero era imposible para cualquier mujer con sangre en la venas no enamorarse por lo menos de su maldita sonrisa.

Esa estúpida sonrisa sarcástica que le dedicaba a ella poniéndola nerviosa, esa estúpida sonrisa que estaba obsequiándole en ese preciso instante, mientras ella estaba mirándolo fijamente.

Capítulo 3

Era tan injusto que la mirará de esa forma, ella que pensaba que ya nada de él la haría sentir como si de un insecto se tratará, pero estaba equivocada, porque ahí estaba tratando de ocultar el nerviosismo que le provocaba su cercanía.

—Nat—escuchó que le llagaba en la lejanía la voz de Mike sobresaltándola, provocando que perdiera el contacto visual con ese hombre que únicamente había bajado al mundo para hacerle la vida imposible. Giró la vista para encontrarse con la preocupada mirada de Mike, sonrió nerviosamente y tomó entre sus manos los folios que le había entregado, estaba claro que todos ya habían estado hablando de ello y Natalia no se había enterado de nada.—
¿estás bien?

—Estoy bien Mike, estaba un poco despistada.

—Será mejor que te pongas a leer esos documentos—la voz de Robert casi la hace saltar del asiento, no es que le estuviera pidiendo de manera amable que leyera los documentos, el muy maldito se lo estaba ordenando frente de todos los presentes.

Decidió que lo mejor sería ignorarlo, ese hombre tenía las horas contadas dentro de la empresa, así que le echaría la culpa de su mal genio a su fracaso

dentro de la empresa. Con las manos temblorosas observó cada cláusula estipulada en el testamento de su padre. Y por momentos se preguntaba que eran todas las estupideces que decían esos documentos.

Todos los hombres reunidos en la oficina la miraban como si fuera una bomba de tiempo a punto de explotar. Y no era para menos, en que universo paralelo se la había ocurrido a su padre dejar como el accionista mayoritario a ese hombre que no tenía ningún lazo con la familia.

— ¡Alguien me puede explicar que son todas estas estupideces!—gritó tratando de que alguien le respondiera, estaba segura que aquello no era más que una estúpida trampa para despojarla de todo lo que le pertenecía—Es que acaso creen que soy estúpida, este no puede ser el testamento de mi padre—dijo mientras le arrojaba los documento a la cara a Robert — ¡Eres el ser más despreciable de he conocido jamás! ¡Eres un estúpido Robert, cómo te atreves a robarme lo que por derecho me corresponde!

Todos guardaban silencio como si no quisieran intervenir en esa pelea. Muy listos. Porque de ahí no se marcharía sin una explicación convincente.

—Pueden dejarnos solos unos momentos por favor—dijo él, a lo que de inmediato se levantaron todos de su asiento y abandonaron la oficina como lo que eran; unas ratas vendidas que abandonaban el barco mientras se estaba hundiendo. En cuanto se quedaron solos, un tenso silencio se apodero de estancia el cual sólo fue interrumpido por la voz lacerante de Robert— ¿Qué es lo que quieres saber? Y evítame una escena de niña caprichosa, porque no estoy de humor para estar soportando tus desplantes.

—Desplantes, eres un ser miserable Robert, pensé que ya habías caído lo suficientemente bajo, arrastrándote al lado de mi padre como si fueras un perro faldero. Pero veo que no has terminado con tu misión, ¡no claro que

no!, el poderoso señor Daniells no se podía quedar sin llevarse una buena tajada. ¡Eres escoria! —dijo mirándolo con repulsión, en esos instantes le daba asco su sola presencia.

—Mide bien tus palabras Natalia—claramente la estaba amenazando, pero ella no era una persona que se dejará intimidar por un estúpido estafador, oportunista.

—¿Qué es lo que pasa Robert? es que te duele que diga la verdad, te duele que diga la clase de escoria que eres, no eres más que una basura humana.— dijo golpeando el escritorio, encarándolo para que se diera cuenta de que lo odiaba más que a nada en el mundo.

—Te he dicho que midas tus palabras dulzura —el tono sarcástico de su voz, y la mirada triunfal le hicieron replantearse si estaba bien en reclamarle por querer apoderarse de algo que no le pertenecía —,a partir de ahora, esta escoria será la que dominé tu vida cielo y esta basura como acabas de llamarme estará atado a ti hasta la muerte.

— ¡Eres un estúpido!, un vil ser repugnante, voy a impugnar el testamento, te voy a quitar todo, me escuchas te voy arrebatar todo lo que te has quedado estafando a mi padre. Acaso piensas que no tenía conocimiento de todo.

—Me estas acusando de algo muy grave preciosa, si yo quisiera te dejaría a ti y a tu madre en la calle con sólo chasquear lo dedos. Así que no me provoques, porque puede que el intercambio no te favorezca demasiado.

—No voy a dejar que me ganes esta batalla Robert, ya estuve bajo tu sombra por muchos años; pero esta vez se acabó, me entiendes, prepárate porque voy a pelear por mi patrimonio. No sé qué ideas absurdas le metiste en la cabeza a mi padre para que actuara de esa manera. Pero te vas arrepentir el resto de tu miserable vida.

—Deja el dramatismo para otra ocasión querida, ahora compórtate como la hija de Arturo y sigue las directrices que ha impuesto, te aseguro que yo no estoy más feliz que tú.

—Perfecto, renuncia a ser el accionista mayoritario. Y nos evitaremos muchos problemas legales.

—No es tan fácil cielo, sólo apégate a las órdenes de tu padre.

—No me llames cielo estúpido oportunista, por tu bien aléjate de la empresa, desestima todo lo pactado en el testamento. Y listo.

Estaba a punto de decirle todo lo que sentía de una buena vez por todas, pero el sonido del intercomunicador los sobresaltó a los dos. Era la secretaria de su padre para recordarles que los abogados estaban esperando afuera. En cuanto Robert les dio permiso de entrar todos tomaron de nuevo las posiciones que tenían antes y comenzaron de nuevo a leer cláusula por cláusula.

Por lo visto su padre le había dejado sólo el veinte por ciento de las acciones dentro de la empresa. Seguramente para no dejar desamparada a su madre, una furia irracional comenzó a invadirla, pero es que en qué momento de lucidez a su padre se le había ocurrido toda esa locura. No, debía de estar equivocado, o tal vez Robert lo había presionado tanto que lo obligó prácticamente a dejar su imperio en manos de un completo desconocido. Era obvio que algo no estaba bien.

—Natalia, ahora te hago entrega de este sobre el cual tu padre pidió que se te entregara en tus propias manos el día de la lectura del testamento.

En sus manos apareció un sobre amarillo como los de mensajería, y en un costado estaba escrito su nombre con la pulcra letra de su padre.

—Tu padre ha estipulado que se te diera una semana para que analizaras el

contenido del sobre y después esperaremos una respuesta de tu parte.

Todos los presentes abandonaron la oficina, sin hacer el menor amago de explicarle que fue lo que orilló a su padre hacer semejante barbaridad. Salió de ahí con el alma en el suelo, aunque se quería infundir valor; era consciente de que nunca lograría vencer a Robert. Tomó un taxi que la llevará hasta su casa, quería saber cuál era el contenido del dichoso sobre, pero estaba segura que su contenido únicamente la haría sufrir más.

En cuanto llegó preguntó por su madre la cual seguía en las mismas condiciones, acostada llorando la pérdida del ser amado. Seguramente si ella estuviera en las mismas condiciones estaría igual o peor de devastada, así que no le daría más preocupaciones; trataría de arreglar las cosas de la mejor manera posible.

Entró en su habitación y cerró con llave para que nadie la molestara. Quería tener ese momento de intimidad, quería comprender porque su padre la estaba orillando a comenzar una guerra de la cual no estaba muy segura de salir victoriosa.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al leer la primera línea, escrita de puño y letra de su padre.

Querida niña:

Si estás leyendo estas líneas es porque seguramente ya sabes lo que ha sucedido, he partido a otro mundo. Tal vez te estés preguntando la razón de mis acciones y sólo puedo decir que todo lo he hecho por el bienestar tuyo y de tu madre. Por ningún motivo quería dejarlas desamparadas y sé que Robert las protegerá de cualquier situación.

Estoy seguro que con el paso del tiempo tú y él, llegarán a llevar una

relación cordial por el bienestar de la empresa. En estos momentos podría jurar que sientes unos deseos enormes de matarlo, pero querida hija mía, todo esto tiene un fin. Necesito que lo apoyes en todo el camino, él tampoco la tendrá muy fácil con los accionistas, seguramente muchos querrán abandonar el barco. Así que mi muy amada hija, espero que aceptes un consejo de este viejo que ha vivido lo suficiente; cástate con Robert para que las acciones queden dentro de la familia, me dolería mucho que él se enamorara de otra mujer que no fueras tú.

Recuerda que la constructora es la empresa que yo funde para que permaneciera por varias generaciones dentro del legado familiar, una unión entre Robert y tú sería lo más conveniente. Tengo plena confianza en que él sabrá manejar el asunto de la empresa igual a como le he enseñado.

Sabes que estas palabras te las estoy diciendo por una razón, la misma que con el tiempo llegarás a comprender, los abogados te habrán dicho que esperan una respuesta, así que si estas dispuesta a darlo todo por la empresa debes decirles que aceptas los acuerdos del testamento. Donde queda estipulado que lo más conveniente es una unión entre ustedes, para el bienestar de las acciones. Sé que eres una mujer tenaz e inteligente que no dejara pasar las oportunidades. Robert estará a tu lado, y será tu decisión convencerlo de llevar acabo todos los propósitos que te planteaste en el pasado y que has dejado olvidados. Pero si Robert te llega a fallar, hay una cláusula que te ampara a ti y a tu madre, la cual sólo será develada en cuanto los abogados lo crean oportuno. Duncan sabrá qué hacer cuando llegue el momento.

No quisiera despedirme de ti querida, pero es la ley de la vida; recuerda que ustedes son y serán lo más importante en esta vida.

Con amor tu padre.

Capítulo 4

Todo le parecía irreal, era casi salido de la época victoriana donde las mujeres se casaban para no perder sus propiedades; en que universo paralelo le pasaba a una mujer del pleno siglo veintiuno lo que a ella le estaba sucediendo. Le parecía la trama de una novela romántica muy trillada donde la protagonista se tiene que casar con un hombre al que odia con todas las fuerzas de su corazón, pero ella no era una damisela en apuros; y pelearía hasta las últimas consecuencias.

Porque eso era la vida real, no una novela dominical. Y ella no se rendiría, eso lo juraba como que se llamaba Natalia. Por nada del mundo aceptaría una unión entre ella y Robert, porque por mucho que ella se esforzará, en la vida real las personas que se odian jamás terminan amándose.

Y ella por supuesto lo último que quería en la vida era que ese oportunista la amará, no tenía sentido porque ella no sentía nada por ese hombre más que un inmenso odio. Su vida dio un giro de ciento ochenta grados desde el primer instante en que Robert pisó su casa y su empresa, si pudiera regresar el tiempo, cambiaría muchas cosas.

Cuando estaba en la universidad cometió muchos errores de los cuales se arrepentía. Porque pese a que Robert siempre tenía un comentario irónico, o un desplante en la punta de su lengua que siempre la terminaba lastimando,

su corazón no se concentraba en la ardua labor de no sentir nada por ese hombre. Tal vez era la inmadurez de esa época, donde creía que los príncipes azules sí que existían, y no es que fuera una quinceañera inexperta, pero estaba convencida de que el amor verdadero sí que existía.

Sus padres eran un claro ejemplo de ello, se amaban con locura, y ella quería lo mismo, por eso cuando sintió que había conocido al amor de su vida, quiso atraparlo a como diera lugar. Vale, tal vez al comienzo pareciera una loca acosadora, pero le era imposible no pensar día y noche en ese hombre que la había cautivado a pesar de sus miradas furiosas, y sus palabras hirientes.

Recordaba con tristeza un día en que especialmente se quiso poner un vestido nuevo en color blanco, era pleno verano y saldrían a disfrutar a una casa en la playa. Obviamente Robert estaba invitado y ella quería que notara su presencia, y sí que la notó, pero sólo para hacerla sentir una niña mimada y poco agraciada a sus ojos. Las palabras dichas con tanto rencor y odio la se le calvaron en el corazón como dagas afiladas; según él con esos atuendos lo único que conseguía era parecerse como una mujer vulgar. Obviamente no era cierto, pero en esos instantes para ella fue como si lo que dijera fuera una ley. Tan decepcionada estaba que muy infantilmente se le ocurrió escabullirse a su habitación con una botella de licor de la estantería de su padre; grave error claramente.

Tal vez si únicamente hubiera bebido hasta perder la conciencia no habría pasado gran cosa, pero para su mala suerte en su mente trastocada por el alcohol, se le ocurrió colarse dentro de la habitación de ese impensable hombre. Obviamente fue un error garrafal del que no se arrepentiría lo suficiente en la vida. Nunca pensó que en su vida tendría que rogarle a un hombre para que la amara. Pero para su desgracia lo único que consiguió fue que ese hombre la rechazará diciendo que él no necesitaba una niña

consentida en su cama; pues él tenía mujeres de verdad con las cuales pasar la noche, en lugar de pasarla con una borracha.

Claro que al escuchar esas palabras la borrachera salió de su cuerpo al instante, dando paso a una furia contenida, la cual no supo canalizar y en lugar de decirle todo lo que se merecía; sus ojos se comenzaron a llenar de lágrimas quedándose expuesta ante él.

Una lágrima rodaba por su mejilla sacándola de sus pensamientos y trayendo al presente, tal vez en el pasado ese hombre la había cegado, pero ahora era una mujer formada a sí misma, con el suficiente autoestima para hacer que esas palabras que antes le habían hecho tanto daño, Robert se las tragara en el futuro. Si no tenía otra opción buscaría un empleo, empezaría de cero pero jamás se casaría con él. Buscaría un esposo que la amara por sobre todas las cosas, pero lo más importante que no fuera un ambicioso oportunista como Robert.

Había transcurrido una semana desde la lectura del testamento de su padre, y era el día en el que tenía que dar una respuesta; pues bien ahí estaba sentada en el enorme escritorio que en esos momentos se le antojaba imponente. Preguntó días antes a los abogados de su padre si era necesario que Robert estuviera en esa reunión a lo que muy confusos dijeron que no se especificaba; así que ella prefirió dar la respuesta únicamente estando ella presente.

—Natalia, sé que este es un momento muy difícil para tu familia. Lamento que nos reunamos en estas condiciones.

—Muchas gracias, no sabes cómo lo lamento yo; mi padre era nuestro pilar. Ahora sin él no sabemos qué camino tomar.

—Lo entiendo, ahora prosigamos a lo que nos tiene reunidos aquí. Como

comprenderás tu padre dejó estipulado que a partir de hoy serás la dueña del veinte por ciento de las acciones, Robert es dueño del otro porcentaje, debes tener claro que nada se puede cambiar, pues tu padre ha dejado muy bien amarrado cualquier cabo suelto del que se pudieran valer para desestimar el testamento. De manera que está en tus manos aceptar o rechazar las cláusulas, recuerda que en una de las cláusulas se estipula que para evitar un conflicto lo mejor es una alianza con el señor Daniells en forma de matrimonio. Así se asegurará de que prevalezca el legado familiar.

— ¿Qué pasará si no acepto esos términos?

—Lamento decirte que todo pasara a manos de Robert.

Esas palabras le golpearon como si fuera un mazo en el estómago, que su padre prefiriera dejarle todo a ese hombre era una clara muestra de que no confiaba en ella. Y por muy estúpido que pareciera le dolía en lo más profundo del alma. Nunca pensó fallarle a su padre en algún sentido, pero tal vez, él pensaba que no tenía el carácter suficiente para dirigir una empresa.

Lamentablemente guiada por el dolor que sentía, solamente pudo hacer lo que creía más conveniente, ella no era una marioneta a manos de hombres poderosos con el ego más grande del mundo, ya vería como solucionaría ese problema para recuperar lo que por derecho le pertenecía pero por ahora dejaría que Robert pensará que había ganado esa batalla.

Las palabras escritas en la carta de su padre donde le decía que aceptará los términos del testamento hicieron mella en su conciencia, pero aún así, no daría marcha atrás su padre ya no estaba ahí para ayudarle, ni para reprocharle nada.

—Muy bien, mi decisión es que no acepto los términos, me niego a que Robert heredé todo lo que por derecho me corresponde. Y lo que es peor me

niego a tener que unirme a un hombre que me odia sólo por recuperar la empresa de mi padre. Si lo que ese oportunista quería era la empresa ¡pues felicidades!; la ha ganado completa.

Estaba terminando de decir esas palabras cuando la puerta se abrió de golpe, dejando ver a Robert que la estaba mirando como si la quisiera matar. ¿Pero qué era lo que quería ese hombre?, que aceptara esa estúpida cláusula como si se hubiera ganado la lotería. Aceptar una cosa así sólo significaría su destrucción.

— ¿Qué significa esa estúpida idea de que no aceptas lo estipulado en el testamento?

—Lo que escuchas Robert, ¡felicidades!, hoy acabas de proclamarte como el heredero universal de mi padre. Supongo que estarás muy contento.

— ¡Salgan por favor! —dijo en tono severo a lo cual los abogados salieron como si se estuviera incendiando la constructora.

— ¿Qué es lo que pasa Robert? —dijo en tono sarcástico—acaso pensabas que iba aceptar tan fácilmente ser su títere. ¡¿Querías la empresa completa?! Ahí la tienes, no tienes que pelear por ella. Es toda tuya.

—Eres una insolente niña malcriada, ahora compruebo que las palabras de tu padre eran ciertas cuando dijo que no estabas 'preparada para hacerte cargo de una empresa tan grande.

— ¡Eres un estúpido, ojala nunca hubieras llegado a nuestras vidas!

—Ahora lo comprendo esto va más allá de solamente que tu padre no te dejara todo verdad, lo que a ti te duele son los rechazos a tus avances. A caso no comprendes que todo esto es parte de un plan.

—Oh, no lo dudes querido, todo es parte de tu maldito plan para despojarnos de todo. ¡Pues ya está hecho!, a partir de ahora eres el amo y señor de esta empresa y del mundo entero si quieres, pero no quiero que te vuelvas a cruzar en mi camino. Si me vez por la calle crúzate de acera, porque no quiero ver tu maldita cara de oportunista.

Robert caminó hasta donde ella estaba, acortando la distancia que los separaba. Natalia pronto quedó aprisionada entre el escritorio y Robert. Se había jurado que mantendría sus nervios a raya, pero parecía imposible después de tenerlo tan cerca, el aroma de su fragancia de afeitarse inundó el ambiente rápidamente provocando que casi gimiera de frustración.

—Repítelo de nuevo, repite que no quieres verme nunca más en tu vida. Porque hasta hace unos años atrás estabas gustosa de entregarme todo de ti. Repítemelo mirándome a los ojos.

Estaban tan juntos que prácticamente lograba respirar el mismo aire, si alguno de los dos acertara la pequeña distancia sus labios se unirían, sólo de pensarlo miles de estremecimientos le recorrieron el cuerpo, y eso que nunca la había tocado. Esa era una confirmación de que si se ponía en manos de ese hombre, sería su ruina total, pues la tenía completamente hipnotizada. Así que reuniendo todo el valor posible lo miró a los ojos, tratando de que en ellos se reflejara todo el odio que sentía por él.

—Muérete Robert, nunca en mi maldita vida me uniré a un ser tan despreciable como tú. Pero no creas que te dejaré el camino libre. Voy a pelear por lo que es mío. Aléjate de mí, y no vuelvas a cruzarte en mi camino. Te lo vuelvo a repetir—dijo con la mirada fría, tratando de infundirse valor.
—no te quiero volver a ver, de ser posible muérete.

—Dudo mucho que quieras que me muera cielo—tomándola totalmente

desprevenida, acorto la distancia, para acariciar sus labios con los suyos, Natalia pensaba que fácilmente lograría dar marcha atrás, pero sólo por un momento se permitió disfrutar de esa caricia. Caricia que obviamente se fue haciendo más intensa y pasional al punto de enredar sus dedos en el sedoso cabello de Robert para acercarlo más a ella. Él gimió en respuesta sacándola de esa bruma de pasión de la que tenía que salir antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 5

Posiblemente ya fuera demasiado tarde, pero aun así sacando fuerzas de flaqueza, se alejó de él y tomándolo totalmente desprevenido le propinó una bofetada de la cual no fue consiente hasta que sintió el resquemor en la mano. Aun sentía sus labios arder por la deliciosa tortura a la que fueron sometidos.

—Aléjate de mi vida para siempre Robert, y prepárate para la guerra, porque no me voy a detener ante nada, ni nadie.

—Como tú lo quieras cielo, si lo que pretendes es que entremos en guerra, así lo haremos; pero te lo advierto tarde o temprano estarás en mi cama.

—Púdrete Robert. Antes prefiero mendigar por pedazo de pan en las calles.

Robert sin más salió de la oficina con la furia hirviendo dentro de ella, ahora tenía que plantearse una nueva meta, nunca dejaría que ese hombre se quedará con todo. Antes lo mataba. Prefería pasar el resto de sus días en la cárcel que postrada a las decisiones que ese hombre tomará. Estaba a punto de salir de la empresa cuando casi choca con Mike que estaba por entrar.

— ¿Qué es lo que sucede pequeña?

—Supongo que tu amigo ya te habrá puesto al corriente de los hechos, y dado que entre ustedes redactaron ese estúpido testamento, tu pregunta está de

más.

— ¿Qué piensas hacer? Todo está debidamente planeado para que en caso de que no aceptaras no se impugnara el testamento.

— ¡Ese maldito testamento!, ¿Qué pensaba mi padre cuando se dejó engatusar por ese hombre?

—Hay muchos temas de trasfondo de los cuales no estas enterada. Pero lo único que puedo asegurarte es que todo lo hicieron por el bien de la empresa y de tu familia; Robert no es un mal hombre y aunque no estoy de acuerdo con este plan, como su abogado lo único que puedo decir es que fue la solución correcta.

—Entonces crees que convertirme en una marioneta en manos de Robert es la mejor decisión.

—No es como tú lo piensas, ese fue el trato para proteger la empresa.

—De cualquier forma todo se reduce a la empresa, y por suerte para mí eso ya no es mi problema. Acabo de renunciar a mi porcentaje de acciones, así que como puedes ver estas frente a la empresa que tu amigo, que de manera muy inteligente ha obtenido.

—Creo que debes de darle una oportunidad a Robert. No es un mal hombre.

—No hay vuelta atrás Mike, espero verte en el futuro.

—Sabes que puedes confiar en mí, y que estaré ahí para todo lo que necesites.

Ella dio la vuelta y se marchó de ahí, sentía que el aire la asfixiaba, estaba dejando detrás de ella todo el trabajo de su padre, todo por lo que había luchado, en manos de un hombre sin escrúpulos que era capaz de todo con tal

de obtener poder y dinero.

Robert sin embargo no opinaba lo mismo, desde que había comenzado a trabajar para el padre de Natalia se dedicó en cuerpo y alma para tratar de sacar adelante a la empresa. Pocos sabían la gran incógnita que estaba detrás de la muerte de Arturo, pero él no era la persona más indicada para develar ese secreto. Tal vez las personas pensarán que era un hombre frío y calculador, que no le importaba nada más que el dinero.

Esas palabras le hicieron recordar que Natalia sí que tenía temperamento; esa mujer nunca dejaba de sorprenderlo. Aun la recordaba como una chiquilla ingenua, que estaba en la universidad. Si era fiel a su palabra debía confesar que le había costado el mismo infierno alejarse de ella. Rechazarla más bien, pero sus objetivos eran otros, y no estaba para tontear con la hija del hombre que le abriría las puertas a un mundo que ansiaba conquistar y le brindaría los contactos necesarios para ascender de posición.

Nadie le había regalado nada, en la vida Robert había tenido que luchar, y tocar miles de puertas hasta que Arturo, le había tendido una mano; claro una mano que a la larga le cobraría con intereses, pero ahora estaba donde quería, y no pensaba dar marcha atrás. Su plan estaba perfectamente calculado; ahora sólo le quedaba cosechar los frutos de todos los años que se había llevado levantando su imperio.

Tal vez la niña mimada de Natalia le había dicho que era un oportunista, pero no era así. Ella no conocía ni la mitad del camino que él tuvo que recorrer para llegar donde estaba, si esa mujer no le calará hasta el alma, tal vez sería muy fácil llevar a cabo todos sus planes; pero debía admitir que disfrutaba de la cercanía de ella y como el cuerpo de ella respondía al de él. Aunque lo que más quería era tenerla metida en su cama, ahora eso era algo imposible, lo único que lo consolaba era que por fin iba a lograr llegar hasta donde siempre

había soñado.

Natalia no lograba comprender como la vida de las personas cambiaba de un día para otro, pero lamentablemente así lo había comprobado; ahora estaba desalentada frente a un par de abogados con los que había tratado de encontrar un cabo suelto para que le regresarán la empresa, pero tal parecía que su padre estaba obstinado en que se uniera a ese detestable hombre.

Robert le robaba el aliento únicamente con estar en la misma estancia. Por lo tanto era una verdadera amenaza para su bienestar mental. Los abogados aún estaban leyendo todos los documentos, cuando alguien tocó ligeramente la puerta. Y después de decir que pasaran, una de las muchachas que laboraban para la familia, entraba con una bandeja de té y pastas.

—Señorita el señor Daniells acaba de llegar, ha subido a visitar a su madre. Pero como la señora no ha bajado dijo que iría a comprobar cómo se encontraba.

—Muchas gracias Cindy puedes retirarte.

Ese estúpido hombre nunca tenía la decencia de pedir permiso para entrar, no, ese hombre llegaba y subía a las habitaciones como si de su casa se tratará. Ya se encargaría ella de enseñarle modales al insufrible. Siguiendo con la ardua tarea de encontrar una salida a sus problemas, centró todos sus pensamientos en la única tarea que le importaba.

Dos horas después seguían sin encontrar alguna posible solución; estaba a punto de ponerse a gritar de la frustración cuando la puerta se abrió sobresaltándolos a todos los ahí reunidos, estaba claro que Robert necesitaba unas clases de modales urgentemente.

—Acaso no sabes llamar a la puerta; estamos en una reunión muy importante.

—él giró la mirada para ver a los abogados fulminándolos antes de que la furia se viera reflejada en su rostro.

— ¡Salgan inmediatamente de aquí!—obviamente no fue una petición amable, no, para nada, él tenía que ordenar como si esa fuera su casa.

—No se muevan de su lugar—gritó ella en cuanto vio que los hombres comenzaban a seguir las indicaciones de aquel insufrible que no tenía derecho a tratarlos de esa manera.

—Esta no es tu casa Robert, no puedes venir y decirles que se marchen, cuando en realidad el que debería marcharse eres tú. —posiblemente no estaba preparada para un nuevo enfrentamiento, pero si ese hombre era lo que quería; eso iba a tener. —Ahora si eres tan amable de dejarnos solos, estamos trabajando. —pronunció casi escupiendo las palabras.

—Salgan inmediatamente de aquí, antes de que llamé a seguridad y los saquen a la fuerza. —los abogados no se hicieron esperar ante tal amenaza y salieron huyendo muy cobardemente. ¡Vaya! parecía que ahora no tenía ni voz ni voto en su misma casa.

En cuanto se quedaron solos de nuevo comenzó ese silencio incomodo; estaba segura que dios había enviado a ese hombre para amargarle la existencia. La cuestión era: ¡¿Por qué?! Una solución factible que se estaba pasando por la cabeza era matar a ese hombre y de esa manera se acabarían todos sus problemas.

—No tienes ningún derecho de venir a mi casa y ordenar como si fueras el amo y señor de todo.

—Por si no te has dado cuenta querida, el único con autoridad para mandar en esta casa soy yo, ya que tu padre me ha dejado el poder legal para disponer

de todo.

—Dentro de la empresa, más no en la casa.

—De todo cielo, y cuando digo de todo, es de todo; incluida tú.

Capítulo 6

Todo eso era una vil mentira, estaba convencida de que mientras más conocía a Robert, más escoria le parecía. Ahora quería robarle su casa, esa casa donde se había criado; donde había pasado los momentos más felices de su vida. Y ahora ese hombre de la peor manera venía queriendo quitarle todo cuanto poseía.

—No lo creo, mi padre no pudo haber estipulado semejante estupidez; que es lo que sigue Robert. Me quitaras también la ropa, el auto o las joyas. Es que tu avaricia no tiene límites. Ojala mi padre estuviera vivo para que se diera cuenta de la persona tan mezquina a la que le dejó la empresa.

Esas palabras lograron que Robert se enfureciera al grado de acercarse a ella y tomarla del brazo levantándola de la silla donde estaba, su agarre era fuerte y le estaba lastimando el brazo. Por mucho que ella trató de deshacerse de su agarre no lo lograba, ya que había una gran diferencia de fuerza entre los dos.

—Escúchame bien niña malcriada, aquí el único ser mezquino era tu padre, nadie más. El hecho de que jugará con nosotros a su antojo, lo confirma, ahora debes comportarte como lo que eres, y tomar las decisiones del acuerdo. Tienes dos meses para comenzar y tener todo listo para la boda. Déjate de tonterías, nunca vas a encontrar un hilo del cual tirar y echar por tierra el plan perfectamente construido por tu padre.

—Eres un estúpido sin sentimientos; mi padre era la persona menos egoísta que conozco, sólo tuvo la mala suerte de caer en tus manos. Eres un controlador, un oportunista que a la primera de cambios saca sus garras y se muestra tal cual es. Pero frente a mi padre siempre tuviste la actitud de ser un perro faldero.

—Mide tus palabras Natalia, me estoy cansando de únicamente recibir de ti, insultos y más insultos.

—Pues siéntate porque de mi parte es todo lo que tendrás. Nunca recibieras de mí una palabra amable, antes me corto la lengua. ¡Estúpido oportunista! Maldigo mil veces el día en que entraste en nuestras vidas. —dijo enfrentándolo, la fuerza con la que estaba tomándola la estaba lastimando, y muy seguramente le quedarían marcados sus dedos.

—Pues lo seguirás maldiciendo hasta el día de tu muerte cielo, porque estarás unida a mí hasta que exhales tu último aliento.

—Antes te mato... —ni siquiera la dejó terminar de decirle todas las cosas que tenía guardadas, la besó como queriendo castigarla. Como si el simple hecho de estar junto a ella le provocará un cierto rechazo. Tenía que estar consciente de que ese roce le provocaba a ella miles de sentimientos encontrados. Estaba segura de que quería jugar con ventaja, quería aprovecharse de la atracción que ella sentía por él, para tomarla con la guardia baja. Pero estaba muy equivocado porque ella tenía tiempo que había logrado que su estúpido corazón sacara a patadas el recuerdo de Robert.

No le iba a responder al beso, antes se arrancaba los labios, por mucho que la tentará, por mucho que sus besos le volviera loca; no caería en su juego. Robert al percatarse de que ella no respondía, separó la distancia que los unía, para mirarla fijamente a los ojos.

—No te resistas Nat, sé que deseas esto tanto como yo. Así que ríndete de una vez, tarde o temprano estarás rogándome que te haga el amor, como aquella noche en mi habitación.

—Te lo vuelvo a repetir estúpido engreído, antes te mato.

—Procura que sea después de la boda cielo, o todo quedara a la deriva. —el roce de su aliento en el lóbulo de su oreja provocó que tuviera que tragar saliva. Cerró los ojos tratando de concentrarse en otra cosa que no fuera en arrogarse a los brazos de ese hombre e implorarle que la amará. —Estás advertida, tienes dos meses. Y por favor avísale del feliz acontecimiento a mi futura suegra. — dijo dando la vuelta para salir del despacho.

—Eres un maldito infeliz, desgraciado, ojala te mueras—gritó a la vez que tomaba un sujetapapeles y lo arrojaba contra la puerta. Al ver como Robert hábilmente había esquivado el golpe y cerraba la puerta tras de él, sintió una impotencia que la sobrepasaba. Era tan injusto; tal vez nunca encontraría una solución a sus problemas. Si tan sólo alguien le diera un poco de luz en la obscuridad lograría vencer a Robert, se negaba en redondo a tener que compartir su vida al lado de un hombre que no la amaba.

En cuanto la puerta estuvo cerrada por completo se deslizó al suelo abrazándose a sí misma, sentía tanto miedo e impotencia, si pudiera saldría corriendo y se olvidaría de todo y de todos. No supo cuánto tiempo estuvo sentada en el frío suelo, sólo hasta que comenzó a sentir que tenía todo el cuerpo entumecido por estar en la misma posición, se levantó suspirando aún por la impotencia que sentía en cada poro de su piel.

Subió a su habitación para tratar de serenarse un poco para hacer una visita a su madre, necesitaba saber qué es lo que había hablado con Robert. Únicamente esperaba que ese hombre tuviera un poco de escrúpulos y no

hubiera sacado el tema en presencia de su madre; la pobre apenas si lograba probar bocado, sumida en esa profunda tristeza.

Se dio una ducha, dejando que el agua que salía lavaré las lágrimas consumidas en sus mejillas. Ya no se lamentaría ni un día más, saldrían de esta situación así tuviera que volver a comenzar de nuevo y levantar una maldita empresa ella sola.

Se peinó su cabello castaño hasta dejarlo con unas suaves ondas, como estaría solamente por la casa se puso un vestido de color bermellón que tenía una caída suave, y tirantes gruesos. Le encantaba porque era demasiado cómodo; no pensaba salir a ningún sitio, pero tampoco le gustaba andar por los pasillos de su casa en pijama.

Abrió la puerta de la habitación de su madre con mucho cuidado por si estuviera dormida, pero la encontró sentada a un lado de la ventana mientras miraba fijamente una foto de su padre y la acariciaba casi con reverencia. Tocó suavemente para que notara su presencia, pero no surtió tal efecto, de manera que caminó hasta la ventana y se posicionó frente a su madre, que al ver la sombra sobre la fotografía levantó la vista percatándose de su presencia.

—Natalia, no me había percatado de tu presencia.

Los ojos hinchados de su madre le dijeron que llevaba horas o días sin dormir.

—Madre, tienes que descansar; no es bueno que estés sumida en este estado.

—Sabes, teníamos muchos planes para el futuro, en unos años tu padre se jubilaría, y dejaría todo en manos de Robert. —Dijo su madre acariciando una vez más la fotografía, con la mirada perdida—vimos instantáneamente el

flechazo que causo en ti su presencia, y contábamos con que en unos años ambos consolidaran una relación. Pero no sabemos que pasaba, Robert te reñía por todo, y a medida que iban pasando los años, él únicamente se dedicaba a la empresa; y evitaba cualquier conversación donde saliera a relucir tu nombre.

—Mamá ¿Cómo pudieron pensar que algo así sucedería?

—Cuando se conocieron fue como si sus ojos echaran fuegos artificiales— dijo sonriendo con ternura—ambos vimos esa magia que se despertó dentro de ustedes, porque fue la misma que nos inundó a nosotros el día que nos conocimos. Aunque al principio teníamos muchos problemas, con el paso de los años logramos superar cada obstáculo que se nos presentaba. Tu padre era muy obstinado, y yo demasiado terca para nuestro bien, pero al final del día aunque hubiéramos discutido a morir, él llegaba y me abrazaba dándome el beso de las buenas noches. Y a mí como por arte de magia se me olvidaba por lo que habíamos discutido. Esa era la magia de tu padre.

—Pero su relación fue por amor, y para amar lamentablemente tienen que estar de acuerdo las dos personas. Robert no me ama, y nunca me amará.

—A veces el amor no llega por arte de magia, y uno tiene que construirlo día con día. Pero lo que vimos en ustedes ese día no puede estar equivocado. La chispa ahí estaba.

—Pues la chispa se ha apagado madre, porque nosotros no tenemos ningún interés en estar juntos.

—Es una pena, porque entonces llevaran una vida muy vacía e infeliz. —dijo su madre volteando la mirada al enorme ventanal, que daba a una parte del jardín de la casa.

— ¿Qué quieres decir madre? Estabas al tanto de los planes de mi padre. — preguntó incrédula de que su madre estuviera al tanto de los hechos.

—Hay tantas cosas que no llegarías a comprender, todo está hecho para el bienestar de esta familia. Lamentó mucho que todo esto te cause dolor. Tu padre únicamente quería que fueras feliz.

—Puedo ser feliz sin estar atada a Robert. Él no me quiere y unirme a él sólo causara mi desgracia.

—No hay vuelta atrás hija, tienes que lograr que ese hombre te amé por sobre todas las cosas.

—Eso es algo que nunca creo lograr, porque odio a ese hombre con todas las fuerzas de mí ser, nunca en la vida le voy a perdonar que le metiera ideas absurdas a mi padre para que le dejara todo. Lo odio con una fuerza que no me va bastará esta vida para repudiar su presencia.

—Del odio al amor solamente hay un paso hija, crúzalo antes de que sea demasiado tarde.

Capítulo 7

Dicen que un estomago hambriento, un bolsillo vacío, y un corazón roto te enseñan las mejores lecciones de la vida, Robert lo había comprobado a muy temprana edad, cuando con siete años, su madre había desaparecido como si se la hubiera tragado la tierra. A su edad no comprendía muy bien las cosas, pero sí que tuvo que luchar por salir adelante en la vida. A lo largo de los años se llevó varias palizas que lo fortalecieron, palizas que aun llevaban marcadas en la espalda en forma de cicatrices, un corte a un costado del estómago era fiel testigo de cómo tuvo que pelear para salir del inmundo lugar donde había nacido.

Y en todos esos años nunca dudo, nunca tuvo miedo a que algo saliera mal, pero ahora estaba muy en el fondo, aterrado de la reacción de Natalia. Si seguía con esa renuencia a casarse con él, tal vez esa estabilidad a la que tanto le había costado llegar se vendría abajo.

No, no lo iba a permitir, antes obligaría a esa niña mimada a que cumpliera con las cláusulas de su padre. Era un movimiento medieval, pero para sus objetivos era más que perfecto. Si a eso le sumaba que el incentivo era tener en su cama a Natalia, la verdad es que el trato no era para nada despreciable. Ya se encargaría el de poner los puntos claros. Pero de eso se ocuparía en otro momento. Ahora tenía ciertos problemas que reclamaban su atención.

Si Natalia no estuviera tan enojada, pensaría que estaba a punto de cumplir sus sueños realidad. En vez de lucir como una radiante novia la cual se va a casar con el hombre de su vida, tal parecía que le acaban de decir que tenía una enfermedad terminal. Aunque prácticamente le estaban dando una sentencia de muerte, con una enfermedad dolorosa y cruel.

Como era de esperar Robert no se pudo contener, enviándole a una organizadora de bodas, a la cual la había echado a patadas como mil veces, pero ahora la mujer se había enfadado y le había entregado una fotocopia del poder notarial donde se nombraba a Robert único heredero si ella no accedía a casarse con él.

Si ese estúpido pensaba que amenazándola con esa cantaleta ella iba a ceder como una muñeca de trapo, estaba muy equivocado. Así que para asombro de la organizadora de bodas, mando llamar a los guardias de seguridad.

¡Qué se jodiera Robert! Y junto con él todos los que estaban mirándola como si fuera una loca que se acababa de escapar del psiquiátrico. Algunas mujeres pensaban que había perdido la razón, por no querer casarse con un partido como Robert, las había escuchado cuchichear en el tocador de damas. Lo que esas mujeres no sabían era el tipo de hombre que era Robert, si tan sólo tuvieran una idea, de la misma manera que ella saldría corriendo despavoridas.

Ahora más calmada frente a su escritorio en su pequeña oficina dentro de la empresa de su padre, trataba de recapitular, si se le había pasado por alto alguna manera de salir de todo ese atolladero. Si se casaba con Robert su matrimonio estaría destinado al fracaso. Su madre tenía la tonta idea de que con el paso del tiempo ella lograría hacer que Robert la amara, y aunque de alguna manera logrará ese objetivo de que le servía, ella no estaba interesada en el amor de ese hombre.

Estaba tratando de concentrarse en unos balances, cuando la puerta de su oficina se abrió de golpe. Como no podía ser de otro modo ahí estaba Robert, mirándola como si tuviera la culpa de todos los males existenciales del planeta.

— ¿Qué sucede Robert, se está quemando la empresa? Que te da derecho a entrar de esa manera a mi oficina, oh espera; seguro vienes a decirme que mi padre también te dejó esta oficina para que trabajaras—dijo Natalia sonriendo irónicamente, que se jodiera ese maldito hombre oportunista.

— ¡Se puede saber porque demonios has enviado sacar a la organizadora de bodas con los guardias de seguridad! —gruño él sin importarle que media ciudad los estuviera escuchando.

—Oh, muy buena pregunta—dijo mientras se reclinaba en su silla y jugueteaba con un bolígrafo entre sus manos. —la mandé sacar, porque la pobre no entendía de razones; le repetí mil veces que no me voy a casar y ella no captaba el mensaje—dijo fríamente, fulminándolo con la mirada.

—Será mejor que te olvides de esa absurda idea de que no te casarás conmigo, porque quieras o no estamos ligados cielo. Para bien o para mal.

—Te estoy dando la oportunidad de que te quedes con la empresa, no quiero saber nada de ti, ni del testamento, ni de cláusulas. ¡Quédatelo todo! —dijo sin poder evitar que el rencor se escuchara en su voz.

—No es así de fácil cielo, me vendieron el paquete completo y es hora de que reclamé por lo que ya pagué.

—Eso es la cosa más absurda que he escuchado jamás. Aquí nadie te ha vendido nada, tú has estado aprovechándote de mi padre, lo convenciste de que te dejara su empresa. ¡Felicidades! Ya la tienes, ahora déjame vivir mi

vida en paz—si tuviera el súper poder de matar a alguien con la mirada Robert tendría por lo menos diez minutos tendido sin vida sobre el suelo de su oficina.

—Te doy cinco días para que comiences a organizar todo lo de la boda, en un momento regresará la organizadora de bodas, y la vas a tratar con tanta amabilidad que pensara que está en un sueño irreal.

—Y si no lo hago que me va a pasar—dijo retándolo en tono amenazador, igual como el que Robert le estaba dirigiendo a ella.

—Si no lo haces cielo—Robert se había acercado tanto que incluso podía sentir su fresco aliento rozándole el cuello— si no lo haces, mandaré desalojar esa hermosa casa en donde vives, y les prohibiré la entrada a ti y a tu madre. Cómo piensas darle a tu madre la vida de lujos a la que esta acostumbrada.

—Eres escoria—dijo casi escupiendo las palabras—, piensas dejar sin un hogar a mi madre, a la mujer que te acogió tan amablemente en su casa. Piensas defraudar a la mujer que compartió la mesa de su casa incontables veces. Eso sólo lo puede hacer una basura como tú.

—Piensa lo que quieras, a partir de ahora te comportaras a la altura y dejaras de hacer berrinches. Ayudaras en todo a la organizadora y serás la novia perfecta y feliz. De otra manera atente a las consecuencias.

Ni promesas de amor, ni un juramento romántico, nada, ella no merecía absolutamente nada, estaba claro que para Robert ella valía tan poco que no merecía la menor consideración. Pero que esperaba, tal parecía que la habían utilizado como una mera moneda de cambio.

Si algo le había enseñado su padre era a no darse por vencida y Robert, por

mucho que le alterara el corazón no lograría doblegarla. Antes...antes prefería estar muerta que ceder a los caprichos de él.

Robert salió tan deprisa de la oficina que incluso pensó que la discusión únicamente había ocurrido en su imaginación, pero no de esa manera, su aroma aun inundaba el ambiente. ¡Maldita sea! Ahora que es lo que pasaría con ella, tenía dos opciones, largarse y olvidarse de todo y de todos, o unirse a ese hombre y tratar de solucionar el problema de la mejor manera posible. Si se quedaba tal vez encontraría una solución para que le regresara lo que le pertenecía. Pero se arriesgaría a que Robert la destrozara, y eso era algo que su muy maltrecho corazón no lograría resistir.

Capítulo 8

No lo soportaría por más tiempo, tomó su bolso y salió del edificio como si la estuviera persiguiendo el diablo. Necesitaba despejar la mente, caminó por las calles atestadas de la ciudad hasta alejarse del bullicio, por suerte no le fue difícil encontrar un parque donde sentarse en un banquillo. Compró un helado en un puesto ambulante y se dispuso a disfrutar la paz y tranquilidad que inundaban el espacio. Observó a una pareja de enamorados que paseaban de la mano caminando, y una punzada de envidia le recorrió el cuerpo, siempre tan concentrada en sus estudios, en conseguir una carrera profesional de éxito que había dejado de lado las relaciones amorosas.

Pero ahora su corazón le decía que no podía conformarse con un matrimonio donde el amor no fuera la base fundamental. Quería tener esa pasión arrolladora que muestran las películas románticas, esa pasión que hace que dejes a todos y todo por seguir a la persona amada. Pero con Robert lo único que tendría eran unas malditas acciones dentro de una empresa.

Una pareja empujando un cochecito de bebé se detuvo muy cerca de donde ella se encontraba, observó como el hombre le hablaba con ternura al pequeño y lo sostenía en brazos sacándolo del cochecito, mientras la mujer empujaba el coche y le hablaban al niño mostrándole todo lo estaba en su camino. Ambos abrazaron al bebé dándole un beso en sus sonrosadas

mejillas, para después darse un leve beso en los labios. Eso era precisamente lo que quería, ni más ni menos, un amor limpio y puro que fuera por ella en cualquier circunstancia, que la protegiera, alguien que la esperara al final del camino.

Sin proponérselo a su mente acudió la imagen de Robert y supo en ese instante que con él jamás tendría una vida de esa manera. No lo veía paseando un cochecito por el parque, tampoco lo veía tomándola de la mano. Los sueños de los que hablaba su padre eran precisamente esos entre otros muchos que había guardado el baúl de los olvidos. Su móvil comenzó a sonar de manera insistente sacándola de sus pensamientos. Era Robert, al que obviamente no le contestaría, no estaba preparada para una nueva discusión con él, no porque seguramente no sería capaz de ocultar cuán afectada estaba por la situación.

Apago el móvil para que nada la perturbara, necesitaba con urgencia ese tiempo a solas, después de pasear por cerca de dos horas, decidió que ya era momento de regresar a su hogar. Tomó un taxi que la llevará directo a su casa, se daría una ducha y dormiría las horas que fuera posible, estaba agotada tanto mental como físicamente.

En cuanto llegó a su casa le dijeron que Robert estaba en la habitación con su madre, ella que estaba tratando de evitar tener contacto con ese hombre y resultaba que se lo encontraba hasta en la sopa, dijo con una sonrisa fingida a la chica del servicio que no anunciara a nadie que había llegado, quería tener para ella unos minutos antes de que la batalla comenzara de nuevo.

Se metió en ducha tratando de que el agua aliviara un poco el dolor que sentía por dentro, mientras miles de pensamientos hervían en su cabeza, la sola posibilidad de tener que unirse a ese hombre la estaba matando. Cerró los ojos intentando no pensar en nada, quería olvidarse de todos, huir como una

cobarde, si alguien le dijera qué camino seguir para escapar de esa maldita condena, gustosa lo seguiría.

Tan concentrada estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que la mampara de la ducha se abrió y Robert entraba haciéndola gritar del susto.

— ¡¿Eres idiota?! Qué te piensas al entrar de esa manera— dijo tratando de alcanzar una de las toallas para cubrir su desnudez pero se dio cuenta para su desgracia que las malditas no estaban donde deberían estar, su mirada furiosa fue a para a los ojos de Robert que estaban cargados de deseo provocando que a ella se le secará la boca, humedeció sus labios con la punta de la lengua, gesto que él no paso por alto.

Atontada aun por la manera en la que había entrado, trató de dar un paso atrás cuando vio que el avanzaba sin dejarle alguna salida de escape. Su corazón comenzó a latir de manera desbocada, sabiendo que no tenía ninguna escapatoria. En cualquier momento las piernas le dejarían de responder tirándola al suelo. Robert alargo la mano rosando sus labios con sus ásperos dedos, aunque la ducha era demasiado grande, la sola presencia de él la reducía a un espacio ínfimo. Por momentos sentía que le costaba respirar, como si el aire de repente se hubiera evaporado, Robert estaba cada vez más cerca de ella, una gota de agua resbalaba desde su barbilla deslizándose lentamente hasta cruzar el valle de sus pechos donde los hábiles dedos de Robert la detuvieron cortándole el aliento.

Sabía que todas sus alarmas estaban disparadas, tenía que huir antes de que fuera demasiado tarde, pero algo se lo impedía, estaba hipnotizada por esa mirada que la dejaba anclada al suelo. Nunca en su vida se sintió más femenina que en ese momento, cada poro de su piel respondió a la suave caricia de su mirada, si se quedaba ahí seria su perdición, era como ser una polilla que camina con dirección a la luz, no lograba escapar del embrujo de

esa mirada. Cuando los labios de Robert se posaron sobre los suyos fue como si el aleteo de miles de mariposas volviera despertar en ella. Pero no era tonta, sabía que de enfrascarse en ese juego la única perjudicada era ella.

—No sabes las veces que he soñado con este momento—pronunció Robert con la voz ronca de deseo, cuando ella empezaba a protestar, sus palabras la dejaron de piedra. ¿Qué significaba eso?

El beso comenzó a ser más intenso y pasional, si en algún lado tenía un poco de fuerza para rechazar los avances de Robert, se evaporó como por arte de magia, las manos de él, recorrían cada centímetro de su piel desnuda. Estaba segura que se arrepentiría de lo que estaba a punto de hacer, pero si encontraba una solución a su problema, por lo menos tendría el recuerdo de ese encuentro. De otra manera Robert jamás le pondría un dedo encima, sabía que lo hacía para convencerla de que se casara con él. Pero en ese momento los motivos por los que estaba ahí, le importaban muy poco.

En cuanto Robert tomó posesión de sus pechos que clamaban por ser atendido, Natalia gritó presa de los miles de estremecimientos que le recorrieron la columna, todas sus fibras nerviosas estaban al borde del colapso, nadie la había tocado de esa manera tan íntima y arrebatadora, con un sólo movimiento en cuestión de un segundo se vio prisionera entre las frías baldosas de la ducha y el ardiente cuerpo de Robert.

Sin decir ninguna palabra comenzaron a besarse como si no hubiera un mañana, Natalia precia que estaba sedienta de él. Por mucho que lo odiara, y por mucho que detestará la manera tan cruel en la que la estaba manipulando, no era capaz de resistirse a ese hombre, para bien o para mal en ese instante la tenía en sus manos. Ya buscaría la solución perfecta para salir de todo ese embrollo, pero por nada del mundo renunciaría a la sensación de estar junto al hombre que amaba y odiaba al mismo tiempo.

Estaba a punto de rozar la locura cuando las hábiles manos de él se posicionaron en el centro de su feminidad haciéndola arquear la espalda tratando de alcanzar el éxtasis, mientras el devoraba cada centímetro de su ser. El agua seguía cayendo sobre ellos, pero ninguno de los dos fue capaz de detenerse a girar las llaves. Robert fue bajando lentamente dejando un sendero de besos mientras ella seguía apoyada sobre la pared de la ducha, los suaves labios de él rozando su vientre provocaron que su interior se tensara de anticipación. Si pensaba que no era posible sentir un placer indescriptible, estaba muy equivocada, su respiración estaba más acelerada si eso era posible, cuando Robert comenzó a besar sus húmedos pliegues volviéndola loca, era como estar tocando el cielo, lo único que pudo hacer fue aferrarse a las frías baldosas tratando de contener los gritos que estaban por salir de su boca. Todo su interior se estremeció transportándola a un mundo lleno de miles de colores, de los que no quería escapar. Aún sumida en esa bruma de placer, sintió como Robert se posicionaba a su altura y tomándola desprevenida la llevó hasta su habitación depositándola en la enorme cama, ni siquiera se dio cuenta en qué momento él se había desnudado completamente. De lo único que fue consciente es de que estaba sobre ella, besando su rostro, tratando que regresara a la realidad. Sintió como entraba en ella llenándola por completo, para comenzar a embestirla de manera frenética. De nueva cuenta no había palabras de amor, ni romanticismo, pero ya no había vuelta atrás. Ambos comenzaron una danza ardiente dejándose llevar por el instinto. Se devoraban como si no existirá un mañana moviéndose frenéticos hasta que ambos alcanzaron el éxtasis total. Aun sin fuerzas se quedó dormida sobre Robert sin decir una palabra. Por el momento no quería echar a perder ese mágico instante, si hablaban seguramente se dirían cosas que los lastimarían a los dos, y era mejor evitar un enfrentamiento en ese momento.

Capítulo 9

Natalia estiró las piernas bajo las suaves sabanas que la cubrían, y por un momento sintió su cuerpo agarrotado. Estaba segura que lo que había pasado no era más que un sueño producto de su muy alocada mente pero el leve resquemor que sentía en esa zona delicada de su cuerpo le hizo saber que todo había sido realidad, en la habitación aún estaba impregnada el aroma de la fragancia de Robert. Pensar en él provocó que se diera cuenta del gran error que había cometido, pero para su mala suerte sería un error del que jamás se arrepentiría.

Estaba a punto de salir de la cama, cuando notó que en su mano izquierda algo destellaba, por un momento no supo cómo reaccionar; un enorme anillo de compromiso, brillaba ante ella como burlándose de su desgracia. ¿Dónde quedaba la propuesta de matrimonio tradicional? Estaba claro que ese hombre era más estúpido de lo que había pensado. Tenía tantas cosas en las que pensar, que estaba comenzándole a doler la cabeza. Se metió en la ducha, esperando que el agua refrescara su entumecido cuerpo. Su mirada volvió a caer en el hermoso anillo con el diamante en forma de corazón engarzado entre dos manos. Era el sueño de toda mujer, pero para ella era una sentencia de infelicidad.

En cuanto salió de la ducha se puso un camisón de seda color verde con la

bata a juego, necesitaba comer algo y revisar si no se le ofrecía nada a su madre. Tocó suavemente en la puerta de su madre esperando encontrarla despierta, cuando comprobó la hora vio asombrada que era cerca de las diez de la noche, como no obtuvo respuesta abrió la puerta solo para comprobar que su madre dormía abrazada a la fotografía de su padre, apretó los labios disgustada, hasta cuando reaccionaria su madre. Era todo un suplicio verla en ese estado.

Caminó con dirección a la cocina, para prepararse un emparedado, no le apetecía estar calentando la comida del día, así que solo quería un aperitivo y estaría bien servida. Cuando regresó a su habitación, volvió a leer la carta que le había dejado su padre, donde le decía que aceptara las cláusulas del testamento y una idea comenzó a rondarle en su cabeza, más tranquila porque posiblemente tenía la solución perfecta para se metió de nuevo en la cama, descansando como no lo había echo en estos últimos días.

La luz del día se filtraba por la habitación, despertándola del todo, rápidamente se duchó y se vistió con un hermoso vestido color perla, y lo combinó con unas zapatillas de tacón alto en color azul, con un abrigo ligero del mismo color. Antes de ir a la oficina tenía que pasar a ver a Mike, necesitaba hacerle una pregunta urgente. La idea que rondaba en su cabeza tenía que estar sustentada, no podía llevarla a cabo y que después Robert la tirara por la borda.

El despacho de abogados Jobson&Asociados le daba la bienvenida, la oficina de Mike era en el último piso, ahora sentía que tenía un esperanza, subió sonriendo para encontrarse con el mejor amigo de Robert, en cuanto llegó al piso de su oficina, una chica muy guapa estaba detrás de su escritorio le sonrió y dio la bienvenida, le dijo de manera muy amable que por favor aguardara, que enseguida le atenderían. Estaba a punto de sentarse en uno de

los mullidos sillones cuando las voces provenientes de la oficina de su amigo la sobresaltaron, maldita sea, a la última persona a la que quería ver, era la primera que estaba ahí. Caminó hasta esconderse detrás de una planta lo suficientemente alta para ocultarla ya que estaba decorando una esquina del piso.

—Estas seguro de que es lo correcto Robert, sabes cuál es la opinión que tengo de todo este asunto—escuchó que decía Mike con cierta cautela.

—Déjate de escrúpulos Mike, dedícate únicamente a seguir mis instrucciones.

—Como tú digas amigo, pero sabes que si fallas en esto, ella nunca te perdonará y la vas a perder para siempre.

Esas palabras la dejaron anclada en el piso, de quien estarían hablando, porque obviamente de ella no podía ser. Seguramente de alguna de las tantas noviecitas de Robert, pero a ella no le importaba nada. Esperó impaciente a que se fuera, cuando lo vio entrar en el ascensor soltó el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo. Su corazón comenzó a latir de manera descontrolada al ver lo guapo que estaba ese día, vestido con su impresionante traje gris, con corbata azul, estaba literalmente para comérselo. Era una lástima que tantas cosas se interpusieran entre ellos.

Un suspiro de impotencia se le escapó, todo sería tan diferente si las cosas hubieran funcionado entre ellos, si tan solo nunca la hubiera rechazado, pero no, la vida tenía que ser tan complicada. Salió de su escondite agradeciendo que la secretaria no la hubiera delatado. La chica le sonrió con complicidad mostrándole por donde estaba la entrada a la oficina de su amigo.

—Qué suerte chica, pedazo de hombre que te vas a llevar. —La miró provocando que se sonrojara—disculpa no debí de haber dicho nada. Pero

hay muchas chicas que desearían estar en tus zapatos.

—Créeme, con gusto les dejaría mi lugar. Ahora voy a hablar con Mike.

Su amigo estaba muy concentrado leyendo unos documentos, que no se percató del momento en el entró en la oficina.

—Interrumpo algo importante—dijo sonriendo, mientras caminaba en dirección donde estaba Mike, que la esperaba con los brazos abiertos para fundirse en un abrazo.

— ¿Cómo estas pequeña?

—Ya no soy tan pequeña, por si no te has dado cuenta he crecido unos cuantos centímetros desde que nos conocimos.

—Para mí siempre serás pequeña. —dijo acariciando su cabello con ternura.

— ¡Oh! Hombresote tu siempre tan tierno—Exclamó ella acariciando su mejilla, mientras sonreía de gusto, Mike siempre tenía el poder de hacerla sentir mejor.

—Mike quieres soltar a mi mujer antes de que te parte la cara—La potente voz de Robert los paralizó a los dos. No esperaba ser descubierta de esa manera, pero no tenía otra escapatoria, y en el último de los casos no estaba cometiendo ningún delito. ¡Y ella no era su mujer! Miró suplicante a Mike, que negó imperceptiblemente con la cabeza.

—Ayúdame Mike no me dejes sola—susurró suplicante para que sólo su amigo escuchará. Cuando este se separó de ella supo que estaba todo perdido, nunca la ayudaría a ir en contra de su mejor amigo.

—Se puede saber que estás haciendo aquí Natalia. —el tono de voz de Robert le indicó que no estaba para juegos, volvió su mirada en su dirección y

parecía que estaba a punto de estallar.

—Vine a saludar a Mike, tiene algo de malo. Aunque la verdad no se ni porque te doy explicaciones, no eres nadie para gobernar mi vida.

— ¡¿Ayer cuando estaba dentro de ti tampoco era nadie?!—Natalia se puso de mil colores, que mencionará el episodio del día anterior, únicamente le demostraba lo poco que le importaba dejar su intimidad al descubierto.

Muy enojada por ese simple comentario lo encaró fulminándolo con la mirada—No, tampoco eras nadie.

—Pues por la forma en la que gritabas tal parecía otra cosa. —atacó Robert acercándose más a ella.

—Robert por favor, deja a Natalia en paz.

Pero el parecía que no había escuchado nada de lo que su amigo le decía, caminó hasta donde ella se encontraba y tomándola por el brazo con fuerza, comenzó a caminar fuera de la oficina.

— ¡Detente Robert, no tienes ningún derecho!—gritó ella mientras trataba con todas sus fuerzas de alejarse de ese neandertal. Él se detuvo sosteniéndola con las dos manos para evitar que se cayera del impacto con el que se detuvo y la fulminó con la mirada.

—Escúchame bien Natalia—su tono de voz era suave y calmado, pero lejos de tranquilizarla le puso los pelos punta, sabía que estaba al límite de su paciencia—serás mi mujer hasta el maldito día de tu muerte, ahora te comportarás como mi prometida, irás y organizarás la boda como una novia realmente enamorada. No quiero más problemas. Necesito concentrarme en la constructora y tú no haces más que distraerme.

— ¡Eres escoria!

— ¡Pues estarás unida a esta escoria por toda tu vida, más te vale que te acostumbres!

Capítulo 10

A partir de ese día todo paso demasiado rápido, tenía dos semanas para organizar una boda de la cual quería salir huyendo, por las noches en la soledad de su habitación se preguntaba si estaba haciendo lo correcto. Aún se cuestionaba si valía la pena arriesgar su libertad y su estabilidad emocional por unas cuantas acciones. Una lágrima brotó de sus ojos, ese día era la primera prueba del vestido de novia, se suponía que tenía que ser el día más dichoso de su vida, pero ella sentía que iba directo al paredón.

Se vistió como si estuviera en piloto automático, para bajar a desayunar; pero tenía que hacerle una visita a su madre. Se acercó a su habitación, y tocó de nuevo la puerta, como siempre no obtuvo respuesta alguna, abrió ligeramente y la encontró sentada de nuevo frente a la ventana de su habitación. Su madre no tenía ni idea de que en unos días contraería matrimonio con su peor enemigo.

— ¿Madre?—llegó junto a ella, y la abrazó por la espalda, mientras su madre seguía mirando al infinito, sumida en sus pensamientos— ¿Cómo te encuentras madre?

—Muerta en vida—escuchó que decía en un leve susurro.

—No digas eso madre, necesitas salir de este encierro, no es bueno para

nadie, te necesito en estos momentos madre.

—Vas cumplir tu sueño de casarte con Robert, no me necesitas para nada—
dijo mirándola por primera vez.

—En este momento más que un sueño lo veo como una pesadilla. Sabes, hoy es mi primera prueba de vestido, y me gustaría mucho que estuvieras presente.

Su madre suspiró con tristeza, mientras una lágrima resbalaba por su mejilla.

—No sabes cómo soñamos con este momento, tu padre esperaba llevarte del brazo por el pasillo de la iglesia. Se suponía que sería un día dichoso y memorable, pero la vida es tan injusta, tu padre no estará aquí para celebrar ese día.

—Pero estas tú—dijo sin ser consciente de que las lágrimas inundaban su rostro, el dolor que sentía su madre era tan grande, que la vida misma le daba igual y por un momento sintió tanta pena y rabia. La vida les había arrebatado el pilar del que se sostenían. —debes de salir de esto, a papá no le gustaría verte encerrada en tu habitación llorando todo el día. Estoy segura que mi padre tenía grandes planes para nosotras.

—Vaya que sí que tenía grandes planes—dijo su madre sonriendo entre lágrimas, era la primera sonrisa que le veía desde aquel fatídico día. —y el más grande era verte casada con Robert rodeada de muchos niños.

—Papá estaba totalmente equivocado en ese aspecto, el creía que Robert me quería pero no es así.

—Sí que te quiere, pero su orgullo no lo dejara que se muestre tal cual es.

—No lo creo, él solo me ha humillado y ha jugado con los sentimientos que

tenía por él.

—Esa será tu misión, dejarle las cosas bien claras. No puede jugar contigo, y tienes que convencerlo de que te amé. Los hombres por naturaleza son reacios a atarse al compromiso, pero tu padre le ha dado el empujoncito que necesitaba Robert, ahora solo tienes que convencerlo de que te ama con locura.

No estaba dispuesta a hacerse ilusiones que después se cayeran como castillos sobre el aire, era mejor ir paso a paso. De momento se tenía que probar el maldito vestido, esperaba que esa organizadora de bodas escogiera muy bien, porque había delegado todas las responsabilidades en ella. No quería involucrarse en nada.

—La prueba será a las cuatro de la tarde, te parece si vengo por ti sobre las tres.

—Trataré de estar lista para esa hora.

Por lo menos ya saldría de su habitación, y eso significaba un pequeño logro. Se fue a trabajar más animada posiblemente su madre ahora tuviera una motivación, por lo menos la maldita boda tenía algo bueno. Le diría a la organizadora que involucrara a su madre en los preparativos.

En cuanto llegó a su oficina se perdió entre las múltiples tareas de su puesto, únicamente cuando le sonó la alarma del móvil recordándole que tenía que ir por su madre, dejó de lado todo lo que estaba haciendo y fue por su coche al estacionamiento. Por suerte su madre estaba esperándola en la sala, su rostro reflejaba todo el dolor que sentía, por eso Natalia valoraba el triple que estuviera con ella esos momentos.

Llegaron a la tienda de novias de una exclusiva diseñadora de modas, tal

parecía que Robert no había escatimado en gastos. La organizadora de bodas las estaba esperando con una sonrisa en los labios, hasta ese momento no le había prestado atención, incluso no sabía no cuál era su nombre.

Entraron y las hicieron pasar a una sala exclusiva donde la propia diseñadora la fue atender, Madeleine Rochester era una chica de unos treinta años muy guapa con su cabello rubio rizado que en ese momento lo llevaba recogido en una graciosa coleta por un lateral, llevaba un Palazzo color pela, ajustado en la parte de arriba y caía suelto hasta los tobillos simulando ser una falda pero en realidad era un pantalón, su maquillaje era ligero, sólo acentuando sus rasgos. Era muy hermosa, medía cerca de un metro setenta y era delgada. Por un momento se sintió muy inferior y por su mente paso que Robert necesitaba a su lado una mujer que estuviera a su altura.

—Porque esa mirada, debe de disfrutar de este momento—dijo muy amable la diseñadora.

—Discúlpeme, pero esta boda no es como cualquier boda, no hay amor de por medio—dijo ocultando la mirada para que no notará su dolor.

—Algo así me imagine el día que se eligió el modelo del vestido, no es muy normal que sólo me enviaran un recorte de un vestido de novia antiguo, para que yo elaborara uno parecido para usted—a Natalia se le corto el aliento, no podía ser verdad.—su prometido me dio las instrucciones precisas de cómo lo quería. —dijo la diseñadora ajena de sus pensamientos.

—Un recorte—susurró en voz baja.

—Si de hecho lo tengo guardado en mi oficina. Después de las pruebas se lo mostraré.

No hacía falta que le mostraran nada, sabía específicamente a que diseño se

refería. En aquellas vacaciones desastrosas recordaba que días antes ella estaba sentada en la sala, viendo una revista cuando pasó página, ante sus ojos quedó el vestido de novia más hermoso que había visto. Tomó las tijeras de uno de los cajones de una mesilla y lo recortó, muy emocionada se lo enseñó a su madre que en esos instantes estaba viendo una película con su padre y por supuesto Robert los estaba acompañando, ilusionada le dijo que ella cambiaría el corte del vestido por un escote en forma de corazón, y añadiría pedrería en ciertas zonas, pero por lo demás lo dejaría tal cual estaba.

Su padre se echó a reír diciendo que ya tenía el vestido, que ahora solo le faltaba encontrar al valiente que se atreviera a casarse con ella. Su madre sonrió y sin proponérselo su mirada fue a parar a Robert que miraba fijamente la pantalla como si no se enterará de nada. Después pasó su mala experiencia con Robert y se olvidó del recorte. Pero al parecer él no se había olvidado.

Frente a ella apareció el vestido de sus sueños, era tal y como lo había descrito aquella tarde, se emocionó tanto que no pudo evitar que una lágrima resbalara por su mejilla.

—No debe estar triste, estoy segura que todos sus problemas se resolverán, el hombre que vino a verme para confirmar que todos los detalles del vestido estuvieran perfectos, era un hombre enamorado. Así que no se preocupe por eso.

— ¿Es usted casada?—dijo observando como la mirada de la diseñadora se ensombrecía.

—Lo estuve, pero tome las decisiones equivocadas, y ahora estoy aquí; con una carrera exitosa pero vacía por dentro.

— ¿Se arrepiente?—preguntó mientras dejaba que la diseñadora comenzara a

ponerle los faldones que llevaba el vestido.

—Profesionalmente no, pero si tuviera la oportunidad de cambiar mi vida, lucharía más por él.

—Pero él te ama, y mi prometido no siente nada por mi más que odio.

—El hombre que yo vi no te odia en absoluto, es más parecía deseoso de casarse contigo.

—Es un excelente actor que ha sabido ganarse a todos. —quería seguir diciendo lo que pensaba de Robert pero su reflejo en el espejo la dejó sin habla. El vestido le quedaba como un guante, era sin duda su vestido de bodas. —eres toda un artista.

—Gracias, pero únicamente seguí las instrucciones de tu prometido.

Se quedó varios minutos observándose, sin poder creer que ese fuera su vestido, se pellizcó el brazo tratando de despertar de ese sueño. Cuando salió para que su madre le diera su opinión, no pudieron dejar de abrazarse y llorar, hasta que Madeleine les dijo que echarían a perder el vestido. Se separaron como si la vida se les fuera en ello, y comenzaron a reír como locas.

Era un alivio ver a su madre fuera de esas cuatro paredes de su habitación. Con delicadeza se quitó el vestido, y por último paso a la oficina de Madeleine para agradecerle por tan maravilloso trabajo.

—Toma—dijo tendiéndole el recorte del vestido de novia—si como dices no está enamorado de ti, la verdad entonces no entiendo porque lo ha hecho. Pero mi único consejo que te puedo dar es que no desista, lucha por lo que quieres, mírate en mi espejo. Puedes tener todo el éxito del mundo, pero si no tienes con quien compartirlo; no te servirá de nada.

—Muchas gracias, te enviaré la invitación de la boda.

—No esperaba menos, te ayudaré a vestirte ese día, ese vestido debe lucir impecable.

—Estaremos en contacto.

Capítulo 11

Salieron de la casa de novias, y Jaime como descubrió que se llamaba la organizadora, dijo que tenían que hacer una parada para elegir la vajilla y recoger las invitaciones. Estaba a punto de decirle que se encargara de todo, cuando vio que su madre le brillaba los ojos de ilusión, así que decidió que lo haría por ella.

Estuvieron toda la tarde para arriba y para abajo, de un lugar a otro, Natalia no se quería inmiscuir en la elección así que las dejó a ellas que se ocuparan de la decoración del evento. En cuanto llegaron a su casa estaba agotada y su madre dijo que necesitaba un descanso con urgencia.

—Natalia, sé que no hemos comenzado con el pie derecho, pero ha sido agradable que hoy te involucras en los preparativos—dijo la chica tomándola por sorpresa—no sé qué es lo que te separa de tu prometido, pero deberías de darle una oportunidad a esto.

Tal parecía que ese día, todos se habían confabulado para ponerse de lado de Robert.

—Es una historia muy larga de contar, tenemos muchas cosas que venimos arrastrando, cosas que tal vez nunca le llegué a perdonar. Pero lo voy a intentar.

Se despidieron, y ella subió a su habitación para darse una ducha, estaba terminando de hidratarse la piel con una crema de rosas y almendras que le encantaba, cuando la puerta de su habitación se abrió, dejando ver a Robert que la devoraba con la mirada. Era una tentación, pero tenía que ser fuerte. Su mirada le quemaba la piel, pero no caería en su embrujo, con una vez era más que suficiente.

— ¿Qué haces aquí? Acaso no sabes tocar.

—No creo que deba tocar para entrar en la habitación de mi mujer.

—Das muchas cosas por sentado querido, aun no te he dado el sí, por lo tanto no soy tu mujer, así que no cantes victoria.

—Tu cuerpo entregándote a mí, decía otra cosa. — ¡por dios! Ese hombre la haría consumir sólo con sus palabras.

—Ya estás de nuevo con eso, ¡por dios! Supéralo Robert, fue solamente sexo sin compromiso. O es que consideras que todas las mujeres con las que has tenido sexo son tus mujeres, porque si es así te equivocaste, los arenes no se llevan en esta ciudad.

—Así que solo fue sexo de una noche—el sonido de cómo se quitaba la chaqueta, le hizo girar a mirarlo con sorpresa.

— ¿Qué haces?—dijo levantándose de la cama para correr a refugiarse en el baño, pero Robert fue más rápido atrapándola en el instante en que corría, llevándola de nuevo a la cama. — ¡suéltame!

—Te voy a demostrar la diferencia del sexo de una noche sin compromiso.

—dijo besado el contorno de su cuello, provocando que Natalia gimiera de placer—te gusta ¿verdad?

—Tienes el ego muy grande Robert.

Robert desanudo la cinta del albornoz que la cubría dejándola completamente desnuda. Perdida a como estaba en las sensaciones que la estaban embargando, dejó de lado todo el odio que sentía por ese hombre, porque muy a su pesar sabía que era cierto que no se puede odiar lo que se ama. Hicieron el amor toda la noche, sin decirse una sola palabra, no hacía falta, tal parecía que si hablaban se romperían la magia. No se dio cuenta de cuál fue el momento exacto cuando se quedó dormida, únicamente quería disfrutar de estar rodeada de los brazos de Robert. Por instantes estaba confundida, como era posible que un hombre pudiera entregarse de esa manera sin amar a una mujer, pero no era tonta y sabía que de comenzar a albergar esperanzas la única perjudicada sería ella.

Su mano descansaba sobre el torso desnudo de Robert, trató de quitarla sin que él se diera cuenta, pero falló en el intento.

— ¿A dónde crees que vas?—esperaba no tener que pasar el incómodo silencio del día siguiente, pero ya no había escapatoria.

—Necesito ir al baño—fue lo único que dijo, salió de la cama y se encerró en el baño, abrió el agua de la ducha, y se metió en ella dejando que le ayudara a mejorar su estado de ánimo. La puerta de la ducha se abrió y supo que no tendría ni siquiera esos momentos para estar tranquila.

—Necesitas ayuda para enjabonarte la espalda. —dijo Robert con la voz ronca cargada de deseo.

—Llevo años de práctica, creo que me las puedo arreglar sola.

—De cualquier manera una ayuda no te vendría mal—al ver que no le contestaba tomó el gel de ducha y lo unto en la esponja comenzando a pasarla

suavemente por su cuerpo. — ¿Qué es lo que atormenta a esa cabecita?

Natalia se mordió el labio inferior dudosa de comentarle lo que tenía guardado en su interior, estaba harta de estar siempre a la defensiva, tratando de esquivar los golpes.

—Robert—dijo dudando si continuar o no, al final se decantó por tirarse de cabeza a la piscina, de todas maneras no era la primera vez que peleaban—estas seguro de que lo que hacemos es lo correcto.

— ¿A qué te refieres? He tenido el mejor sexo de mi vida contigo, y eso sí que es correcto. No tengo ninguna duda.

—No me refiero al sexo, sino a todo esto, mira desde que nos conocemos no hemos tenido cinco minutos de paz, siempre estamos pelando, y ahora nos ataremos de por vida, hasta hace unas semanas no nos habíamos besado en condiciones. Y ahora daremos un paso enorme.

— ¿A que le tienes miedo? Las parejas hoy en día se casan sin estar enamoradas. No te voy a decir que te amo, unicamente para que digas si quiero en la boda, es mejor ser sincero a que después descubras que todo era una mentira y me odies.

— ¿Me serás fiel?—dijo mientras Robert tomaba sus manos y las apoyaba en las frías baldosas, alzándola para entrar en ella de un solo movimiento.

—Siempre y cuando tú me seas fiel cielo, tratemos de llevar la fiesta en paz, por el bien de la constructora y por el bien nuestro, ¿te parece? llevaremos una relación en la que no tengamos promesas las cuales no vamos a cumplir. Está claro que el amor no es la base de nuestro matrimonio, pero lograremos salir adelante.

Después de esas palabras, no supo nada más, estaba tan absorta por el placer

indescriptible que Robert le hacía sentir que en ese instante si él le pedía que le bajara la luna, ella era capaz de subir y bajársela incluso con todo y estrellas.

Desde ese día, se instaló entre ellos una especie de tregua, no hablaban del pasado, y solo se dedicaban a pensar en el futuro. Ambos fueron a entregar las invitaciones a la boda, y no se sorprendieron al recibir comentarios de que ya se les veía que terminarían juntos.

El vestido estaba listo para usarse, Madeleine lo había echo llegar tres días antes de la boda, igual que el vestido que habían encargado para su madre. Estaba nerviosa aunque no lo quería decir. Por las noches Robert apaciguaba todas sus dudas y sus nervios haciéndole el amor por horas, sabía que era muy peligroso seguir enamorada de ese hombre pero para ella eso era algo simplemente imposible.

Todo estaba listo y destinado para el gran día, ahora solo faltaba que ella diera el gran paso y dijera sí quiero frente al cura.

Capítulo 12

La luz resplandeciente le nublaba la mirada, la voz de su padre llamándola en la distancia, hizo que una lágrima resbalará por su mejilla.

— ¿Papá? —dijo buscando en dirección de donde se escuchaba su voz.

—Mi niña adorada—dijo su padre acercándose a ella, todo era blanco y desconocía de donde provenía esa luz. —no tengas miedo, todo está planeado para que tú seas feliz.

—Tengo miedo, Robert no me ama, nuestro matrimonio estará destinado al fracaso.

—Nada en esta vida es casualidad, y muy pronto veras que tu felicidad únicamente es al lado de Robert.

—Nos haces tanta falta papá, hay veces que quiero salir huyendo de todo esto.

—No sabes cuánto las echo de menos, pero algún día muy lejano nos volveremos a reunir. Dile a tu madre que deje de llorar por mí, tienen que comenzar a vivir de nuevo. Es hora de que seas feliz hija, pero no dejes que alguien siembre la duda en ti, tienes que apoyar a Robert por sobre todas las cosas y ayudarlo a salir vencedor de una dura prueba que les pondrá el destino.

La imagen de su padre se fue difuminando, mientras ella trataba de tocarlo. Aún era demasiado pronto para despedirse de él, necesitaba un momento más. Tenía tantas cosas que decirle, tantas palabras que nunca pronunció.

—Te quiero papá. —susurro con lágrimas en los ojos.

Alguien le acarició la mejilla limpiando las lágrimas y abrió los ojos para ver que Robert le besaba el rastro de las lágrimas que había derramado.

—Estoy aquí, sólo ha sido una pesadilla. —dijo el acariciándola con ternura —no llores cielo, no me gusta que llores.

—Te amo Robert; siempre te he amado, no me vayas a fallar porque no lo voy a poder soportar.

Para su decepción Robert no correspondió a su declaración de amor, simplemente la besó como si estuviera sediento de sus caricias, haciéndole el amor logrando que se olvidara de todo.

El gran día llegó y con él la nostalgia de no estar con su padre, su madre junto con Madeleine le ayudaron a prepararse para el gran momento, su vestido color blanco marfil tenía el escote en forma de corazón, la falda caída vaporosa sobre su cadera hasta llegar al piso, Madeleine llevó a un estilista que le hizo un hermoso recogido en una lateral y le colocó un sencillo prendedor cubierto con piedras brillantes, el maquillaje estaba muy suave, ya que no quería estar muy recargada de pintura en ese día tan especial. Si bien su matrimonio no estaba basado en amor, por lo menos no de la parte de su prometido; pero ella tenía amor para los dos.

El jardín de su casa había quedado primorosamente adornado, habían puesto un arco de flores dando la bienvenida, y al final del pasillo montaron una capilla para que el cura los declarara marido y mujer. Sentía que el corazón

se le saldría del pecho, toda la gente estaba reunida para el gran acontecimiento, solo faltaba que ella bajara.

Alguien tocó la puerta de su habitación, sacándola de sus pensamientos. Su madre con una sonrisa triste la miraba al borde del llanto.

—Pasa mamá.

—No quiero quitarte mucho tiempo, sólo quiero darte este regalo que mandamos hacer con tu padre, era algo especial para cuando llegara el gran momento. —su madre le entregó una cajita de una joyería exclusiva de la ciudad—deseo que seas tan feliz igual que tu padre y yo lo fuimos en nuestros días.

—Te prometo que haré lo posible por ser muy feliz. —dijo con las manos temblorosas aceptando el regalo, dentro de la caja, venia un hermoso relicario en forma de gota, la foto de su padre apareció en cuanto lo abrió.

—No debes llorar, de esa manera te acompañará en este día tan especial.—su madre parecía otra persona, afortunadamente el tema de la boda la había mantenido alejada de su dolor por lo menos dos semanas; esperaba que en cuanto volviera a la normalidad continuará con esa actitud.—es hora de irnos, el novio espera impaciente.

Bajaron las amplias escaleras de su casa con dirección al jardín, su madre era la encargada de acompañarla hasta el altar, así que de esa manera caminaron tomadas de la mano. Su mirada fue directamente al final del pasillo donde Robert estaba esperándola. Sentimientos encontrados la estaban embargando, por un lado sabía que todo aquello era meramente comercial, con el beneficio de que el sexo era estupendo, pero que la esperaba más allá de lograr que un simple porcentaje de la empresa de su padre regresará a sus manos, se trató de convencer de que todo lo hacía por el simple hecho de no

dejar desamparada a su madre. Pero era consciente de que con ese pensamiento únicamente se estaba engañando ella.

La penetrante mirada de su prometido la atrapó nada más cruzar el arco de flores, ¿era la decisión correcta? Siendo fiel a sus sentimientos estaba aterrada, pero no lo demostraría, no, aunque la vida se le fuera en ello. Su mirada siguió anclada a la de su futuro esposo. Siempre supo que el momento de su boda sería un instante mágico, el novio la vería como si fuera la cosa más importante del mundo.

Llegó hasta el centro de la improvisada capilla, y su madre respondió a todas las cuestiones que el sacerdote les preguntaba. Natalia no podía dejar de observar al hombre con el que se iba a casar. Tomados de la mano escucharon atentamente todo lo que les decía el sacerdote, pero ella no se enteraba de nada. Solo hasta que escuchó decir su nombre fue consiente del gran paso que estaba por dar.

—Natalia, aceptas por esposo a Robert, en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la riqueza por todos los días de tu vida.

Esas últimas palabras resonaban en su mente como miles de abejas, por todos los días de su vida. Era prácticamente una condena a pena de muerte. Aún lo estaba meditando cuando Robert tomó su mano para acariciarla suavemente.

—Cielo tienes que dar una respuesta.

—Perdón—dijo dando una sonrisa, que más bien parecía una mueca, a su mente llegaron las palabras de Madeleine, “luchar por lo que más quería”—sí padre, acepto.

Se escuchó un ligero suspiro de alivio colectivo, no era consciente de que ella misma estaba conteniendo el aliento. Todos los presente sonrieron y el padre

hizo su parte preguntándole a Robert lo mismo, que muy seguro contesto que aceptaba. En cuanto los declararon marido y mujer, los pocos presentes entre ellos los abogados, y conocidos más allegados a la familia, comenzaron a felicitarlos por el nuevo enlace. La recepción fue muy bonita, y para ella la única alegría era ver a su madre de nuevo animada platicando con unas amigas. Llevó una mano al relicario y pensó que su padre estaría muy orgulloso de ella. Partieron la tarta de bodas y bailaron su primera canción como marido y mujer, y para su sorpresa después de todas las actividades que necesitaba la presencia de los novios Robert le dijo al odio que era momento de que se marcharan.

Había pensado que se quedarían a pasar la noche en su casa, pero tal parecía que su ahora esposo tenía otros planes. Se vistió a la velocidad de la luz poniéndose un sencillo vestido de gasa color perla, aunque adoraba su vestido de novia, era demasiado incómodo para subirse en un automóvil, todo lo demás lo dejaría tal cual lo llevaba, el conjunto de lencería nupcial era muy hermoso como para no dejárselo ver a su esposo.

Su mirada recayó en los resplandecientes anillos que brillaban en su mano izquierda. Ahora era la señora de Daniells, esposa de Robert Daniells, algo dentro de su corazón salto de alegría. Durante esos días de preparación no se había permitido tener la más mínima alegría por la boda, pero ahora era distinto, ahora se aferraría con uñas y dientes con tal de que su matrimonio funcionara. Si no la amaba, no importaba, conocía matrimonios que eran muy felices sin amor de por medio. Pero no se conformaría con eso, no señor, ella se metería como pudiera dentro del corazón de su esposo, aunque se le fuera la vida en ello.

Capítulo 13

El camino en el automóvil de Robert lo hicieron en total silencio, de vez en cuando volvía la vista a su esposo que conducía muy concentrado por la carretera, no quería distraerlo así que se dedicó a observar las calles iluminadas de la ciudad. No se dio cuenta en que momento le venció el sueño despertando hasta que Robert la tomaba entre sus brazos para sacarla del coche.

—¿Hemos llegado?—preguntó aun con los ojos cerrados, provocando que su esposo sonriera.

—Sabía que tenías el sueño pesado, pero nunca pensé que tanto. He conducido por lo menos cinco horas y tú no te has enterado.

—Si tuvieras que cargar con ese vestido que pesaba cerca de diez kilos durante todo el día, estarías igual o peor de molido que yo, aparte intenta llevar unos tacones de doce centímetros.

—Cierto cielo ha sido un día agotador. Pero eso no impedirá que celebremos nuestra noche de bodas. —escuchó que decía su esposo, esas palabras provocaron que un delicioso calor le recorriera el cuerpo, abrió los ojos para ver una hermosa casa, sus cinco sentidos se espabilaron de pronto cuando escucho el chocar de las olas contra las rocas.

— ¡Estamos en los playa!—dijo emocionada hasta que se dio cuenta de en qué lugar estaban, era la misma casa donde él la había rechazado, donde ella se había ido a ofrecer como si fuera una mujerzuela.

—Pasa—dijo su esposo sin percatarse de que su semblante había cambiado por completo—tenemos tres días solo para nosotros.

Estaba a punto de decirle que regresaran a la ciudad, pero se dio cuenta de que él sí que estaba emocionado por estar ahí, de manera que no quería echar a perder la que sería su única luna de miel. Sin decir una sola palabra entró en la casa, y apenas le dio tiempo a reaccionar, Robert la estaba besando como si fuera la persona más maravillosa del mundo. Todo a su alrededor comenzó a desaparecer, era tan hermoso sentirse en medio sus brazos, la calidez con la que la envolvía, sus labios provocaban que tuviera la sensación de estar tocando el cielo con las manos. Esos instantes los atesoraría siempre, porque cuando estaba entre sus brazos no existían rencores, y lo mejor de todo era que no existía el pasado, únicamente la promesa de un futuro juntos.

Su precioso vestido salió volando como por arte de magia, su respiración comenzó acelerarse, estaba únicamente vestida con la lencería de seda en color blanco, a juego con la liga y las medias, la mirada ardiente de su esposo la estaba volviendo loca de deseo, el pensamiento de que era suyo, no salía de su mente. El silencio en la habitación la estaba poniendo nerviosa, su esposo no hacía más que mirarla como si la quisiera devorar, pero sin atreverse a acercarse a ella.

— ¿No te gusta? —preguntó un tanto temerosa, porque aunque su mirada decía otra cosa, el no había pronunciado palabra. Y no la pronuncio, simplemente la tomó entre sus brazos y la llevó hasta la habitación, donde la deposito sobre la cama como si fuera su bien máspreciado.

—Espera que te voy a demostrar lo mucho que me gusta.

¡Y vaya que lo hizo!, le demostró mil veces lo mucho que le gustaba, hasta dejarla exhausta, se quedaron abrazados después de hacer el amor por horas, al final estaba permitido, nadie podía condenarla por pasar toda la noche entregándose al amor de su vida.

La luz del sol resplandecía por el enorme ventanal que filtraba los rayos del sol, se giró para ver que el espacio donde había dormido Robert estaba vacío, estaba tan cansada que no se dio cuenta de en qué momento se había levantado. Se envolvió con la sabana y fue a la ducha, necesitaba con urgencia un baño, en cuanto salió se puso un vestido de playa en color rosa, y debajo se dejó un bikini del mismo color, desconocía donde estaba su esposo pero le apetecía mucho sentir las olas bajo sus pies.

En el piso de abajo no se escuchaba ningún ruido, por lo tanto supuso que Robert había salido a pasear por la playa. Su mirada se iluminó cuando vio que en el comedor todo estaba dispuesto con un succulento desayuno, se acercó a la mesa, y vio una charola con fruta picada, huevos, leche y zumo de naranja. Un jarroncito con flores decoraba la bandeja donde estaba todo depositado, sobre el jarrón entre las flores estaba una tarjetita que decía:

Día número uno señora Daniells

Por un momento se permitió fantasear con estar a su lado mucho días más, pero a veces el destino es muy caprichudo, y en un abrir y cerrar de ojos la vida puede darte sorpresas. Terminó de desayunar y su esposo aún no daba señales de vida, así que tomó sus cosas y salió camino para la playa, apenas había caminado unos cuantos metros cuando a lo lejos vislumbro un hombre caminando por la playa, estaba vestido con pantalón y camisa blanca, sus gafas de sol la luz resplandeciente, no le costó mucho identificar a su esposo;

estaba punto de acercarse pero observó que detuvo su caminar y miraba con dirección al mar, quería recrearse un momento más mirando su perfil, su mirada y su sonrisa aunque no estuviera dirigida a ella siempre la habían cautivado. Y ahora viéndolo ahí, era un espectáculo digno de ver.

Comenzó a dar unos pasos cuando se dio cuenta de que su esposo tomaba su móvil del bolsillo de su pantalón y lo arrojaba con furia al mar. Estaba enojado y no sabía porque, únicamente esperaba que no fuera con ella, espero unos minutos más para ver si se calmaba, pero su esposo pareció percatarse de que alguien lo estaba mirando, Robert cambio su semblante serio por una sonrisa y comenzó a caminar en su dirección, cuando llegó a ella su semblante había cambiado por completo, pero no lo dejaría pasar por mucho tiempo, tenía que averiguar qué era lo que había enfurecido tanto a su esposo.

—Hola cielo, me extrañabas tanto—dijo él en cuanto llegó hasta ella— ¿has desayunado?

—Sí, me ha encantado la sorpresa, no sabía que podías ser tan detallista—dijo acercándose a él para besarlo como quería hacer desde que se había levantado, claro que al no encontrarlo en su lado de la cama, hizo que fuera imposible hacerlo.

—No sabes muchas cosas de mi cielo, te apetece dar una vuelta por la playa.

—En este momento se me han quitado las ganas de salir. —dijo colgándose de su esposo como si fuera un oso koala, provocando que Robert estallara en carcajadas.

—Tú lo has pedido cielo.

Los tres días que siguieron fueron realmente hermosos, salieron a cenar fueras, encontraron un lugar donde bailaban a la orilla del mar, iluminados

por unas antorchas, bajo el cielo estrellado. No podía ser más romántico aunque se lo hubieran propuesto. Hicieron buceo, y trataron inútilmente de encontrar una ola para surfear pero no tuvieron éxito, caminaron por los pequeños malecones donde vendían diferentes suvenires para los turistas.

La melancolía llegó el día que tenían que partir, estaba tan feliz en su burbuja de felicidad que volver a la realidad le daba miedo. Cuando aparcaron frente a su casa, su madre salió a recibirlos y para gusto de ella se encontraba con mucho mejor aspecto, dentro de su felicidad estaba preocupada pensando que su madre tal vez se sentiría sola y volvería a caer en depresión.

Subieron a instalarse en su habitación, que ahora sería la habitación de los dos, Robert tenía un departamento en el centro de la ciudad, pero habían platicado que lo mejor era que se establecerían en la casa de sus padres, de esa manera su madre no se quedaría tan sola. La normalidad llegó para ellos y ahora tenían ya una semana de estar en su casa, y de comenzar a trabajar juntos en la constructora.

Sabía que su matrimonio no se basaba en el amor, pero Robert había cambiado totalmente de cómo se comportaba en la luna de miel. La siguiente semana el comenzó a quedarse más tiempo a trabajar e incluso comenzó a llegar de madrugada a su casa, él pensaba que ella no se daba cuenta, pero claro que lo notaba, por mucho que llevaran unos días de casados, se daba cuenta perfectamente del cambio.

Estaba en la oficina ese día y ella comenzó a sentir que le faltaba el aire, sentía una opresión grande en el pecho que no la dejaba respirar, y el pánico la comenzó a inundar, salió de su oficina con dirección al piso donde Robert trabajaba pero no alcanzó a llegar, quedo tendida sobre el suelo del pasillo mientras todo su mundo se quedaba en negro.

Abrió los ojos y se extrañó que esa habitación no le fuera conocida, estaba en un hospital eso estaba claro, pero nadie de su familia estaba ahí, y eso sí que se le hizo raro. Trató de levantarse, pero sentía que todo le daba de vueltas, así que volvió a recostarse justo cuando una doctora entraba en la habitación.

—Veo que se ha despertado nuestra paciente. —dijo la mujer que debía de rondar los cuarenta años, sonriendo se acercó hasta ella para coger su historial.

— ¿Y mi familia?

—No se preocupe enseguida pasaran a verla, solamente le estábamos haciendo unas pruebas para verificar que todo salga bien, el golpe que se llevó en la cabeza fue muy fuerte.

— ¿Me caí? —Natalia no era de las personas que se caía muy fácilmente, pero los accidentes estaban a la orden del día.

—No más bien fue un desmayo, desmayo que puso muy nervioso a cierto caballero, pero en cuanto le conté las nuevas buenas se calmó al instante.

— ¿Qué tengo? Nunca me había desmayado, así que no encuentro razón alguna para que me sucediera. —sentía que la cabeza le explotaría en cualquier momento.

—Los desmayos son muy recurrentes en tu estado, lo único que tenemos que hacer es controlarlos, te puedes causar un daño severo si no tienes cuidado.

Se le quedó mirando a la doctora sin saber que decir, no podía ser lo que pensaba, no podía estar embarazada, tenía la leve sospecha pero pensaba que era demasiado pronto para saberlo, pensamiento estúpido porque no se había cuidado desde que comenzó a tener relaciones con su esposo.

—Me está diciendo que estoy embarazada.

—Disculpa, debí decírtelo de manera profesional y sin tantos rodeos, si estas embarazada aproximadamente de cuatro semanas, comprenderás que esta etapa donde existe mayor probabilidad de riesgo.—dijo revisando de nuevo el historial y frunciendo el ceño— tu presión está muy alta, y eso no es muy bueno, te monitorearemos hasta que vuelva a la normalidad.

—Gracias—fue lo único capaz de decir, su mente aún estaba procesando la idea de que estaba embarazada; no es que no lo esperara, era muy tonto pensar que podría tener relaciones sin protección sin tener consecuencias. Pero era un tema que no había tratado con Robert así que la incertidumbre de cómo se tomaría la noticia la estaba poniendo nerviosa.

Una hora después su madre, seguida de Robert entraban en la habitación con una sonrisa resplandeciente, seguramente ya habían sido informados de las nuevas buenas; pero lo que más le preocupaba era el rostro de su esposo que no demostraba ningún sentimiento.

—Hija que buena noticia nos ha dado la doctora, ¡un bebé!—Por lo menos su madre se alegraba de la noticia. La abrazo con mucha ternura mientras lloraba de alegría. —tu padre estaría tan contento.

— ¡Sí! Aún no logro digerir la noticia. —dijo haciendo una mueca mirando a su esposo que no decía nada. — ¿Robert?—le llamó sacándolo de sus pensamientos.

— ¿Cómo te encuentras cielo?—en su mirada notó que estaba preocupado por ella, y eso la emocionó.

—Bien, al parecer me he llevado un buen golpe en la cabeza, pero dentro de lo que cabe estoy bien, la doctora quiere que me quede para que me

monitorearme.

—En cuanto me llamaron para informarme de estabas tendida en el piso, salí corriendo, por suerte solo ha sido un desmayo.

—La doctora dice que es normal, sólo tengo que tener mucho cuidado para no hacerme daño.

—Posiblemente tengas que dejar de trabajar por un tiempo—dijo su esposo como si nada, estaba loco si pensaba que ella dejaría el trabajo.

—No lo creo, pero ya veremos que dice la doctora, han nacido bebés desde el comienzo del mundo, así que no seré la primera mujer en trabajar estando embarazada.

Al día siguiente les dieron el alta, y aunque la doctora le hizo la observación de que su presión estaba alta y que tenía que comenzar con una dieta especial, la envió a su casa y le dio la consulta para dos semanas después, dándole una serie de recomendaciones. En cuanto llegaron a su casa su madre y su marido prácticamente le obligaron a permanecer acostada. Aunque Robert se mostraba preocupado por ella y por el bebé no se había alegrado en ningún momento de saber que sería padre. Miles de dudas comenzaron a asaltarla, talvez él no era feliz con la noticia.

Se duchó y se puso su camisón de dormir, ese día Robert había decidido que no regresaría a la oficina, pero desde que habían llegado se había metido en el despacho de su padre a realizar unas llamadas, pero esas llamadas ya habían durado demasiado. Quería bajar a hablar con él, pero necesitaba darle espacio para que procesara la información de que sería padre.

Capítulo 14

Iba a ser padre: ese era el pensamiento de Robert, por un lado sentía una emoción de pensar que dentro de unos meses llegaría a su hogar una pequeña persona que sería mitad de él, mitad de su esposa. Pero los sentimientos que experimentó cuando le llamaron diciendo que su esposa estaba tendida en el suelo lo dejaron paralizado.

Por segunda vez en la vida sintió un terror inmenso, sentía miedo de perderla, y ese sentimiento sólo lo tuvo el día que su madre no regresó a la pequeña casita construida de palos y cartón donde vivían. Y ahora esa preocupación se multiplicaría al saber que Natalia estaba embarazada. La doctora fue muy específica, tenía que estar lo menos posible en situaciones de estrés, y si por el fuera la encerraría en su casa y no la dejaría salir, pero su esposa era tan obstinada que ponerla en esa situación únicamente haría que el deseo por salir fuera tan grande que incluso aunque sellara todas las ventanas su esposa lograría escapar de ahí.

Y para terminar con las preocupaciones el pasado parecía que quería volver, los malditos anónimos estaban comenzando a llegar de nuevo amenazando de nuevo las vidas de los que más quería. Nadie sabía lo que estaba detrás de la muerte del padre de su esposa, nadie excepto los abogados y él. Natalia tenía un concepto muy equivocado de él, porque pensaba que era un oportunista

que quería quedarse con la herencia de su padre, pero en cuanto se enterará de la verdad, posiblemente cambiaría de opinión.

Ahora su única preocupación era mantener alejada a Natalia del peligro, en ese momento el móvil que había mandado traer con el mismo número que manejaba comenzó a sonar con la llegada de un mensaje, ahí estaba de nuevo; el maldito mensaje de un número desconocido felicitándolo por la nueva noticia, la sangre se le heló, esos malditos habían llegado muy lejos, estaba claro que los estaban siguiendo muy de cerca; bebió el último trago de su copa y sin saber muy bien porque la estrelló contra la pared.

— ¡Maldita sea, ahora no!—exclamó refiriéndose al mensaje que le había llegado. Era el peor momento para estar en peligro.

Natalia estaba detrás de la puerta del despacho, quería darle espacio a su esposo para que se acostumbrara a la idea de ser padre, pero la angustia había terminado con ella, así que bajó para hablar con él, entendía que tal vez tuviera miedo al compromiso, ella misma sentía que todos los miedos se apoderaban de ella al pensar en si sería buena madre. Pero el bebé ya estaba en camino y debían afrontarlo juntos. Estaba a punto de entrar cuando se escuchó como se estrellaba algo contra la pared. Si tenía alguna de que Robert no tomará con buen agrado la idea de ser padre, ahora la tenía confirmada.

Regresó sobre sus pasos, y se metió en la cama donde lloró por largas horas, a partir de ese momento sólo estarían ella y su hijo, si Robert no quería formar parte de la ecuación ella no lo obligaría. Sintiendo que algo se rompía dentro de ella, se quedó dormida pensando en si la decisión que había tomado al casarse con Robert era acertada.

Su esposo no durmió a su lado esa noche, ni tampoco las dos semanas

siguientes, al día siguiente de que saliera del hospital le dijo que tenía que salir de viaje urgente y era la fecha en la que no había regresado. Ese día le tocaba cita con la doctora, pero como no quería preocupar a su madre, decidió que iría sola a la consulta.

La doctora nada más verla supo que algo iba mal con ella, tenía las ojeras pronunciadas y había bajado mucho de peso, su madre le achacaba sus síntomas a los estragos del embarazo, pero en realidad era que el rechazo de su esposo la estaba matando.

—Muy bien Natalia —dijo la doctora muy seria después de revisarla— ¿Qué es lo que ha pasado?

—Creo que el embarazo está acabando conmigo, mi madre dice que posiblemente es niño y por eso me estoy consumiendo mucho.

—Tú sabes que esa no es la verdad, ahora te voy a decir lo que va a pasar a partir de ahora, si quieres que este bebé llegue a término, necesito que estés lo más tranquila posible, tienes que alimentarte bien, aunque no tengas hambre; dormir por lo menos ocho horas seguidas, la dieta que te di la vez pasada la deberás seguirla llevando por el bien tuyo y el de tu hijo.

— ¿Sucede algún problema?

—Por el momento estas bien, aunque la presión aún no está dentro de los estándares que necesito que estén, debemos de tener cuidado para que no se desarrolle una preclamsia, porque en esta etapa de gestación, las consecuencias serían desastrosas. Pero no hay que alarmarse cuídate mucho, sigue mis indicaciones, y todo ira de maravilla.

—De acuerdo seguiré al pie de la letra sus recomendaciones.

—Más te vale Natalia, te espero dentro de un mes, si sientes dolor de cabeza,

zumbido en los oídos, o vez luces de colores ven de inmediato a verme o asiste a cualquier unidad médica. Cuídate Natalia. Si necesitas hablar con alguien tengo una amiga que es psicóloga, estoy segura que te ayudara mucho —dijo dándole una tarjeta de presentación.

Salió de la consulta con las palabras de la doctora rondándole la cabeza, tenía que cuidarse eso estaba claro, a partir de ese momento el bebé era prioridad. Por el bien de su hijo asistiría a una consulta con la psicóloga si eso la ayudaba a salir de ese estado de apatía en el que estaba sumida ella lo haría.

Una semana después se enteró por la secretaria de su marido que el volvía de su largo viaje de negocios, con los nervios a flor de piel, se aliso el vestido azul que llevaba ese día, inconscientemente se tocó el vientre aun plano aunque no por mucho tiempo. Aun no se recuperaba de los nervios cuando la puerta de su oficina se abrió dejando ver a su esposo, estaba más delgado y en sus ojos se notaban unas arrugas de cansancio.

—Hola—fue lo único que fue capaz de decir después de estar semanas sin saber de él, su muy estúpido corazón palpitaba a una velocidad impresionante, estaba segura que sus latidos se escuchaban incluso en la planta de arriba.

—Hola cielo, ¿Cómo estás?—Robert avanzó hasta ella, mirándola como si no fuera posible tenerla frente a él.

—Extrañándote—Vale, esa no era precisamente la palabra que quería decir, debería gritarle por no estar con ella en esos momentos, debería decirle que era un cobarde por rechazar a su hijo, pero ahí estaba estúpidamente anhelando que la tocará, que la estrechara entre sus brazos, y le dijera que la había echado de menos. Una lágrima resbaló por su mejilla al sentirse presa

de sus sentimientos, tal vez fueran las hormonas que la estaba afectando pero se sentía tan vulnerable.

—No llores cielo, lo siento si he estado un poco alejado de ti—dijo atrayéndola entre sus brazos provocando que su llanto se hiciera más intenso —perdóname por ser un idiota y no pensar en cómo te debes sentir.

—Sólo no te vuelvas a ir de esa manera, te necesito aquí a mi lado, sé que no quieres un hijo en este momento y respeto mucho tu decisión, pero te necesito aquí. —Robert la separó de él, sólo la justa distancia para ver sus ojos.

—¿Quién te ha dicho es absurda idea?—dijo mirándola como si estuviera loca—claro que quiero a mi hijo, es sólo que ahora debo de preocuparme más por ti, entre eso y los problemas de la empresa, estoy a punto del colapso nervioso.

—Entonces no estas enfadado con la noticia, no huiste por esa razón— preguntó tímidamente, tratando de contener la emoción que la estaba embargando.

—No cielo, ahora encárgate de tu esposo como se debe.

El beso que le dio prácticamente le consumió el alma, los días que había pasado alejada de él, le estaban pasando factura, y ahora la tenerle ahí sólo podía pensar en cuanto lo había añorado. Decidieron que por ese día estaba bien de trabajo y partieron rumbo a su casa, lo encerraría en su habitación y no lo dejaría salir hasta que le prometiera que no se volvería a ir de esa manera.

Capítulo 15

Tal parecía que la calma se había instalado en su familia, por las mañanas salía a trabajar a la constructora y luego regresaba a su casa, estaba por cumplir los cinco meses de embarazo y todo estaba perfectamente bien, su madre y Robert la consentían demasiado y trataban de que siguiera la dieta al pie de la letra; la doctora estaba asombrada con su mejoría, pero cuando vio que Robert la acompañaba a la consulta supo la razón de su felicidad.

Al parecer hasta su presión arterial había mejorado, estaba dentro de sus rangos normales, aun así la doctora insistió en que tenía que seguir llevando la dieta rigurosa, y sin sobresaltos emocionales, eso prácticamente fue un advertencia para Robert que estoicamente soporto la regañina de la doctora.

Una tarde que había salido de compras con su madre, y pasaron por una tienda de bebés y casi se vuelve loca de la emoción, compraron varios conjuntitos de ropa en color blanco y amarillo, ya después cuando supieran el sexo del bebé compraría ropa a tono. Un precioso sonajero de plata estaba en un escaparate y la enamoró a primera vista, sin pensárselo dos veces lo compró en un impulso de derroche.

Robert estaba más pesado que nunca con el asunto del trabajo, decía que le estaba causando mucho estrés el ir todos los días a la oficina, pero ella se negaba en redondo a ser una carga más, tal vez cuando llegara el bebé tendría

que dejar de lado el trabajo y reducirlo a menos horas, pero antes no.

Robert estaba de los nervios, los anónimos y las amenazas cada vez eran frecuentes, había contratado a unos investigadores privados, por nada del mundo quería que la policía se inmiscuyera en ese asunto hasta no tener la certeza de que era lo que pasaba. Por más que hablaba con Natalia para convencerla de que se quedara en la casa, su rebelde esposa no le hacía el menor caso. Ahora ya no solo amenazaban con quitarlo de en medio a él, sino que con el embarazo de su esposa ahora también amenazaban con quitarla a ella de en medio. ¿Qué querían? Solo dios lo sabía, hasta la fecha únicamente se había dedicado a amenazarlo con destruir su familia, pero no pedían nada.

Necesitaba tomar medidas extremas para garantizar la seguridad de su esposa, únicamente esperaba no tener que llevarse en medio su matrimonio.

Natalia se levantó de cama y se mareo ligeramente, se sentó en la cama tratando de recuperar un poco el sentido, Robert aun dormía, así que no quería preocuparlo, la semana que entraba le tocaba su revisión así que no tenía que preocupar a nadie, lo único que le preocupaba era el constante zumbido en los oídos, pero prefería pensar que se debía a una infección que a otra cosa.

Sintiendo que el mareo había pasado, se levantó de cama y se metió directo a la ducha, al sentir el contacto con el agua comenzó a respirar mucho mejor, a veces incluso sentía náuseas y eso que decían que por lo regular desaparecían después del tercer mes. Pero todos los malestares valían la pena al sentir cada día los movimientos de su hijo en su vientre. A veces le daba patadas que incluso le quitaban el aliento, pero otras solo eran como tenues carisias, aun así pasar por todo ese proceso valía mil veces la pena.

Salió de la ducha envuelta en su albornoz, y su esposo estaba sentado mirando al vacío, su cabello despeinado, y el torso desnudo hicieron que se le secara la boca. Pero su mirada de preocupación la dejó alterada.

—Robert—le llamó pero no hubo contestación de él, seguía mirando al vacío
—Robert, cariño ¿qué pasa?

Su esposo la miró asombrado como si no se hubiera percatado de su presencia hasta que ella se sentó a su lado. Le tomó el rostro con sus manos, para que la mirara de frente— ¿Qué sucede cielo? Últimamente estas muy distraído, parece que algo te preocupa, porque no confías en mí.

—No es nada cielo, me preocupa que en tu estado aun sigas dando botes por toda la constructora. No creo que sea bueno para el bebé, porque no te quedas en casa a descansar.

—Robert sabes que eso no está en discusión, no me quedaré aquí esperando a que mi esposo me de dinero, necesito mi independencia. Y en esto si voy a ser inflexible.

—Pero no te das cuenta de que el bebé puede estar en peligro si tienes que ir de un lado a otro todos los días.

—Robert no quiero discutir—dijo advirtiéndole con la mirada que como siguiera por ese camino seguramente terminarían peleando—hemos hablado de esto hasta el cansancio.

—Por lo menos deja que contraté un chofer para ti, no creo que estés en condiciones de conducir todos los días.

—Estoy embarazada, no lisiada, así que por favor deja de insistir en algo que no va a pasar, porque de lo contrario me voy a enfadar demasiado.

Robert se levantó de mala manera de cama, poniéndose los pantalones y una camisa—No puede creer que prefieras ponerte en peligro antes de obedecer mis órdenes. —en cuanto dijo esas palabras salió de la habitación dando un portazo, que incluso hizo retumbar los cristales de las ventanas. Ahora se sentía culpable por haber provocado que discutieran, pero el tema del trabajo era algo que ya tenían muy hablado. Pero era el pan de cada día, todas las mañanas Robert le daba el mismo discurso.

Se vistió en silencio pensando si había actuado mal, le estaba comenzando a doler la cabeza, pero tal vez era porque aún no había desayunado, no tenía que ser pesimista, todo estaría bien. Bajó a desayunar y para su sorpresa su esposo ya se había marchado, desayunaban juntos todos los días, pero tal parecía que esta vez el berrinche lo había llevado demasiado lejos.

Tenía que ir a trabajar, porque donde Robert siguiera insistiendo en tenerla dentro de casa, terminaría por convencerla. Se subió a su auto esperando que el tráfico no estuviera intenso, por lo regular a esa hora de la mañana las calles de la ciudad se encontraban atestadas de automóviles. Como si fuera poco llegó a una desviación pero le fila estaba inmensa, no es que Robert la fuera a reprender por llegar tarde, pero a ella nunca le había gustado ser impuntual. Pensando que si tomaba la desviación seguramente se ahorraría el tráfico, giró a la derecha, y comenzó a transitar por el camino de terracería, estaba a punto de llegar al final de la calle, cuando comenzó a ver destellos de luz, se asustó un poco porque nunca le había pasado, tenía que bajar por una pendiente que estaba algo inclinada, y quería tener todos sus sentidos bien puestos, trató de frenar el coche, pero el auto no respondía, todo pasó como en cámara lenta, el auto comenzó a descender a una velocidad considerable, impactándose con un poste de electricidad cuando ella hizo girar el volante cambiando la dirección del auto para que no se estrellara contra las casas que

estaban al final de la calle.

Al sentir el impacto no sintió ningún dolor, de hecho pensó que estaba ilesa, sólo cuando vio que por su rostro bajaba varias gotas de sangre, sintió que el pánico la invadía, y todo comenzó a ponerse negro dejándola inconsciente.

A lo lejos escuchaba el sonido de las sirenas de las ambulancias, quería abrir los ojos pero era incapaz; un dolor en el vientre la estaba matando, pero ni siquiera tenía la fuerza necesaria para gritar. El dolor se fue haciendo más y más fuerte sumiéndola de nuevo en la inconsciencia.

Robert salió furioso de la habitación de su esposa, se metió en la habitación de junto y se dio una ducha, no se paró a desayunar, ya comería algo en la oficina, no comprendía lo testaruda que era su esposa, en cuanto llegó a su oficina le entregaron la correspondencia, un sobre de los que ya se le estaban haciendo muy común ver lo dejó estático. Únicamente ponía una línea diciendo “A esta hora tu esposa estará triturada” esas simples palabras pusieron alerta todo su cuerpo, trató de localizarla en el móvil pero no consiguió respuesta, si estaba nervioso eso solo hacía incrementar la desesperación que sentía. Estuvo tratando de llamarla cerca de una hora, saltándole siempre al buzón de voz, estaba a punto salir en su auto a buscarla cuando le sonó el móvil para darle la peor noticia de su vida.

Natalia abrió los ojos sintiendo que mil agujas le perforaban el cerebro. Sentía que todo el cuerpo le dolía y por un momento no fue consiente de la magnitud de su estado. Tenía lagunas de lo que le había pasado, recordaba haber discutido con Robert antes de salir de la casa, el no quería que fuera a trabajar y ella se empeñaba en que sí que iría. A su mente llegó la imagen de la carretera repleta de automóviles, pero nada más, después de eso no recordaba nada.

La puerta de se abrió, y la doctora que la atendía en su embarazo entraba en la habitación, inconscientemente se llevó la mano al vientre, y una lágrima resbalo por su mejilla.

— ¿Está bien? —Preguntó sin reprimir el llanto—mi bebé está bien doctora.

—Lo siento mucho Natalia, hicimos lo que pudimos por salvarlos a los dos, pero lamentablemente tu bebé era muy pequeño y un parto en tus semanas de gestación no era viable.

El grito de dolor se debió escuchar por todo el edificio, nunca, ni en sus más remotas pesadillas pensó en que algo así doliera en esa magnitud, era un estúpida, la que debería de estar muerta era ella, y no su hijo; él no tenía la culpa de nada, y ahora ya no estaba, sentía que el corazón se le partía en mil pedazos, sin su hijo simplemente no quería seguir viviendo.

La doctora ordenó que le aplicaran un sedante, mientras dos enfermeras la agarraban para que no se arrancara la intravenosa, poco a poco el sueño la fue venciendo mientras entre lágrimas susurraba que la tenía que estar muerta era ella.

La siguiente vez que despertó, la habitación estaba oscura, giro la vista para ver si su madre estaba junto a ella, necesitaba que le dijera que lo que la doctora le había dicho era mentira. Pero no había nadie, aún en sueños ella seguía llorando la pérdida de su bebé y ahora que estaba despierta las lágrimas no paraban de salir, era tan injusto; desde la muerte de su padre la vida se había ensañado con ella. Y ahora le arrebatava lo que más quería en el mundo.

Una enfermera entró en la habitación, y al verla despierta le preguntó cómo se sentía.

—Muerta —fue lo único capaz de responder.

—No debe pensar de esa manera, poco a poco aprenderá a vivir con el dolor, es muy joven y tiene toda una vida por delante.

—Mi madre, porque no está aquí—preguntó sin expresión en la voz.

La enfermera le dedicó una mirada de lastima antes de contestar.

—Hoy le han entregado el cuerpo de su hijo a su esposo, parece que estarían en su casa para despedirse de él.

Un niño, su hijo era niño y ahora en su casa se estaban despidiendo mientras ella estaba postrada en esa cama.

— ¿Quiero el alta voluntaria?

—Eso no puede ser, aun no se encuentra en condiciones de salir del hospital.

—Si tu hijo estuviera muerto, no quisieras estar con él aunque sea un minuto.

—Se lo comunicaré a la doctora y ella decidirá—dijo la enfermera saliendo de la habitación, limpiándose una lagrima que se le había escapado.

Capítulo 16

Había leído en algún lado que cuando a una mujer se le mueren sus padres queda huérfana, cuando se le muere su esposo queda viuda; pero cuando a una mujer se le muere un hijo, el dolor es tan inmenso que no existe ningún nombre para describirlo.

Natalia cruzó el umbral de su casa y su mundo se vino abajo, el corazón amenazaba con salirse del pecho, la doctora había dado su consentimiento para que saliera del hospital para despedirse de su hijo, al ser una clínica privada no tuvo tantos reparos más que el que la acompañara la enfermera que su esposo había contratado para que la cuidara mientras ellos tenían que estar en casa; según las palabras de la enfermera no querían dejarla sola, pero ya no podían retrasar un día más el sepelio de su hijo. La doctora le dijo que había tenido mucha suerte al no tener lesiones graves producto del accidente, pero que lesión más grave quería, cuando su hijo estaba muerto.

La enfermera empujó la silla de ruedas dentro de la estancia, y sólo hasta que sus ojos se posaron en la pequeña caja blanca que estaba rodeada de flores, su tragedia se hizo patente; dejándolos a todos con la boca abierta se levantó de silla y caminó con paso tembloroso hasta llegar a donde estaba el pequeño cuerpecito de su hijo. Pasó su mano por encima de la pequeña caja acariciándola con reverencia, estaba cerrada y ella apoyó su mejilla sobre la fría madera, mientras las lágrimas bañaban su rostro, no era justo, ella tenía

que estar ahí en lugar de su hijo.

Todos los presentes la miraban como si en cualquier momento se fuera a desvanecer, el llanto de su madre se hizo más intenso al ver el dolor inmenso que reflejaba su rostro. Unas manos la rodearon por la cintura y supo que Robert estaba detrás de ella sosteniéndola. Ahora se sentía estúpida por insistir en trabajar, se maldecía mil veces por haber tomado el maldito auto ese día, pero sobre todo se odiaba por no proteger a su hijo como cualquier madre lo haría.

Con el corazón roto en mil pedazos abrió lentamente el pequeño féretro y ahí estaba, tan pequeño que prácticamente parecía un muñequito de porcelana, alguien lo había vestido con uno de los conjuntos de ropa que ella había comprado, con sus ojos cerrados parecía que dormía plácidamente, sonrió con tristeza porque le parecía el bebé más hermoso sobre la tierra, con miedo llevó su mano hasta su tierna carita y le acarició comenzando a cantarle una canción de cuna que había escuchado, le encantaba esa canción e imaginaba la de veces que acunaría a su hijo mientras lo arrullaba con esta. Sin pensarlo dos veces, tomó entre sus brazos el pequeño y frágil cuerpo y lo sacó de ese maldito lugar donde estaba por su culpa, lo acunó en su regazo, aunque no paraba de llorar, entre sollozos seguía con su canción de cuna, sus piernas comenzaron a perder fuerza y sentía que de un momento a otro caería al piso; de manera que se sentó en el suelo con su bebé en brazos, meciéndolo, balanceándose de atrás para adelante mientras le cantaba y besaba con ternura su bello rostro. Prometiéndole en silencio que muy pronto lo alcanzaría en el lugar donde estaba.

Robert miraba la escena impotente, en cuanto vio entrar a su esposa tuvo el impulso de acercarse a ella para consolarla, pero el mismo estaba roto de dolor, dos días, dos malditos días tenía que su vida se había desmoronado

para siempre, no sabía si lograrían superar ese obstáculo de la vida, porque incluso a él le costaba respirar con normalidad por el dolor lacerante que tenía en el pecho, el maldito bastardo que se había atrevido a cortar los frenos del coche de su esposa tenía las horas contada. Natalia estaba sentada en el piso con el hijo de ambos en el regazo, en ese momento quiso que el dolor únicamente lo sintiera él, pero eso era imposible, y venía el momento más difícil, era consciente que tenía que ser fuerte, por él, por Natalia y por su hijo. Pero no se veía capaz de hacerlo, las fuerzas lo estaban abandonando, abrazó a su esposa por la espalda, era momento de que regresara a su hijo al féretro. Ella al verlo detrás de ella le sonrió con lágrimas en los ojos.

—Míralo mi amor, es perfecto nuestro hijo.

—Es el bebé más hermoso que he visto en mi vida cielo. Pero tenemos que dejarlo ir.

—Me quiero ir con él, va a sentir miedo, es tan pequeño, necesito irme con el Robert.

—Cielo necesitas recostarte—dijo mientras le quitaba del regazo al bebé y se lo entregaba a su suegra, cargó a Natalia en brazos y la llevó a su habitación, la enfermera le seguía muy de cerca, para aplicarle el sedante que le había recetado la doctora.

En cuanto el sueño la venció, sollozó repitiendo que se quería ir con su hijo. Robert acariciaba un mechón de cabello que estaba sobre su frente, mientras las lágrimas resbalaban por su rostro.

—No me abandones cielo, porque a mí se me están acabando las fuerzas, tienes que ser fuerte por los dos. —dijo con la voz rota de dolor.

Decir que el entierro de su hijo no fue un momento difícil sería mentir,

Natalia no soporto el dolor y se desmayó en medio de la ceremonia, Robert la llevó al coche que les estaba esperando, y con ayuda de la enfermera la llevaron a la casa, la doctora había ido a monitorearla y dio instrucciones precisas de que la llevara a su casa para que descansara. Así que Robert tuvo que ver como todo lo más importante para él era enterrado bajo tierra, sin poder evitarlo.

Natalia estaba acostada en su habitación, no tenía ánimos de salir a ningún lado, había pasado aproximadamente un mes desde que tuvo el accidente, y ella aun no encontraba fuerzas para levantarse de la cama. No quería comer, ni salir a caminar, lo único que quería era que el dolor que sentía en el pecho desapareciera, pero eso era imposible, la única manera de que se fuera ese dolor era si muriera. Y lo había intentado, más de una vez estaba dispuesta a quitarse la vida, pero era tan cobarde que no se atrevía.

Su único consuelo era llorar, su esposo en su desesperación por sacarla de ese estado de apatía llamó a una psicóloga de gran prestigio, incluso la atendía en su habitación ya que Natalia se negaba a salir de ahí. Llevaba dos semanas tratándola y no lograba sacarle una sola palabra. Dos semanas después la esperaba sentada en un sillón junto a la ventana, pensando que le daba envidia no poder ser como las aves que andaban volando de rama en rama. La psicóloga que se llamaba Valeria, y era muy joven para la fama que tenía, un día llegó con un par de revistas y como ella no le gustaba hablar, las puso frente a ella y le entregó un bolígrafo.

—Como veo que no quieres hablar, ahora vamos a cambiar de táctica, tienes a todos muy preocupados por ti. Pero eso ya lo sabes—Natalia no se volvió a mirarla, dejándola que hablara—cuando sientas que no puedes más con el dolor, vas a tomar una revista y la vas abrir en cualquier hoja, y le vas a escribir las cosas que le querías decir a tu hijo, puedes contarle como te

sientes por tu pérdida. Y pedirle perdón.

No hablo, únicamente una lágrima resbaló por su mejilla, su vista estaba centrada en el enorme jardín, escuchó el suspiro cansado de la psicóloga pero no le dio importancia.

—Voy a seguir viniendo constantemente, espero que la próxima vez que venga, hayas utilizado alguna página de la revista.

La gente de te dice: lo vas a superar, eres joven, podrás tener más hijos, pero nunca sabrán el dolor tan inmenso que significa que a una madre se le queden los brazos vacíos. Los días fueron pasando y aunque al principio se resistió, cuando sentía que no podía más, tomaba la revista y comenzaba escribir pequeñas líneas, que pronto se fueron convirtiendo en largas cartas de amor y desconsuelo. A veces sentía la presencia de Robert observándola, pero lo ignoraba y seguía escribiendo, hasta que un día, una página de la revista llamó su atención, en ella había escritas unas palabras que ella no había plasmado ahí, porque definitivamente esa no era su letra.

Las comenzó a leer y se dio cuenta de que eran de su esposo para su hijo, durante ese tiempo ella no pensó ni un solo segundo en el dolor que él también tenía que estar pasando. Los hombres estaban hechos para soportar dolor y ser los pilares de apoyo, pero en esas líneas se dio cuenta de vez en cuando los pilares también se derrumban.

Al girar la página vio que también había escrito unas líneas para ella.

Capítulo 17

¿Por qué no te puedo perder a ti también?

La respuesta es sencilla, porque no lo soportaría, sé que debo de ser la persona que te brindé su apoyo incondicional, los brazos en los que te refugies, pero no estoy preparado para enfrentar el dolor de esta pérdida yo solo. Los días que estuviste internada fueron los más agonizantes de mi vida, pero nada se compara con ver el sufrimiento en el rostro de la persona amada.

La impotencia que te causa no poder estar en su lugar, hace que quieras arrancarte la piel a tirones. Quisiera estar en tu lugar, quisiera ser yo el que se fuera y no nuestro hijo, pero la vida es así, te cobra por los errores del pasado. Y no hay vuelta atrás. El destino nos puso en el mismo camino, y espero terminar de recorrerlo a tu lado. Solo necesito que vuelvas a mi lado.

Con amor tú esposo.

Natalia no podía contener el llanto mientras alguien la abrazaba por la espalda, el inconfundible aroma de su esposo la inundo, hasta ese día no le había permitido acercarse a ella, pero lo necesitaba más que a nada en el mundo. Su esposo, la cobijó como si fuera una niña pequeña, y juntos

lloraron abrazados por el dolor que sentían. No hicieron falta palabras, únicamente necesitaban desahogar el dolor que los estaba asfixiando.

Poco a poco con ayuda de las terapias, comenzó a salir de su encierro, no es que ya estuviera curada, pero estaba aprendiendo a vivir con el dolor. Salía con su madre al cine, de compras, Robert la llevaba a cenar, e incluso se fueron unos días a la playa para revivir su luna de miel.

Estaban comenzando a volver a la rutina diaria, poco a poco Natalia fue trabajando más horas en la constructora, era irónico como las prioridades cambiaban de la noche a la mañana, ahora ya no le interesaba la empresa, ni quedarse en la calle, daría todo lo que poseía por regresar a aquel maldito día y no tomar el auto. Pero nada volvería a ser como antes.

Estaba esperando que Robert fuera por ella para salir a comer juntos, pero ya estaba retrasado, decidiendo ser un poco espontánea, subió hasta el piso donde estaba su oficina, en cuanto llegó a la puerta de su oficina los gritos se escuchaban más fuerte, era la voz de su esposo que discutía con alguien, estaba a punto de abrir la puerta para ver si podía ayudarlo en algo, cuando lo que escuchó la dejó paralizada.

—Te advertí que tenías que dejar de hacerte el héroe, sabías que ella corría un grave peligro y aun así no fuiste capaz de confesarle todo lo que pasaba; tenías que haber confiado en ella, tenías que decirle que necesitabas que estuviera protegida por alguien, ¿Qué esperas? ¡Que la maten a ella también!

—La voz de Mike llegaba a ella como si estuviera muy cerca—ahora que vas a hacer, dejaras que un malnacido siga acechando a tu familia, este problema debieron de solucionarlo desde que Arturo estaba en peligro. No debieron arrastrar a Nat a todo este embrollo.

—Y que querías que hiciera que le dijera que a su padre lo habían matado

porque debía dinero, que le dijera que el seguro de vida de su padre fue lo único que salvo a la empresa de la banca rota, eso sin contar todo el dinero que le presté. ¡Prácticamente pague por ella!—gritó su esposo provocando que a ella el corazón se le paralizara, toda su vida era una maldita mentira— por eso fue ese testamento estúpido. Porque yo decidí que le daría ese veinte por ciento a Natalia.

—A cambio de que Robert, el sufrimiento que le has causado no lo superar jamás, y que se supone que tienes que hacer, no puedes pagar cada vez que te amenacen de muerte. Aparte la deuda no era tuya.

Se escuchó que caminaban por la oficina y movían papeles.

—No lo sé, pero por una maldita vez quiero tomar a Natalia, y largarme lejos donde nadie se enteré de quien somos, donde no corra peligro.

—Eso lo tenías que haber hecho antes de que le cortaran los frenos del automóvil, ¡no ahora! Tenías que protegerla, esa era clausula, sino la protegías, ella tenía derecho de quitártelo todo.

—Mike necesito tiempo.

— ¿Tiempo para qué?, para ver como la asesinan ante tus ojos.

No se quedó a escuchar nada más, necesitaba alejarse y poner en orden sus pensamientos.

Salió corriendo del edificio alzando la mano para tomar un taxi, con lágrimas en los ojos se subió a uno que pasaba justamente en ese momento. Le dio la dirección de su casa, pero pasado unos minutos se dio cuenta de que no tomaban la carretera con dirección de su casa, iba a protestar al taxista cuando la vista se le comenzó a nublar, ¡la estaban drogando! El aire tenía un olor raro, en cuestión de segundos no supo nada de ella, y su último

pensamiento fue que toda su vida al lado de Robert era una completa mentira.

Estaba en un lugar oscuro y frío, tenía las manos y pies atados, la boca la tenía amordazada evitando que pudiera pedir ayuda. Parecía que estaba en un sótano, porque se escuchaban pasos por encima de donde ella estaba. Seguramente no saldría viva de ahí, si las palabras que había escuchado eran ciertas, no tardarían en eliminarla; le costaba creer que su padre tuviera problemas de dinero, incluso con todo y que ella estaba en el departamento de administración nunca se había percatado de ese detalle. Tenía las horas contadas si no lograba encontrar una solución.

Ahora comprendía las palabras de Robert, diciéndole que le habían vendido el paquete completo, pero nunca pensó que su esposo fuera tan mezquino como para aceptarla como moneda de cambio. Sin duda alguna si lograba encontrar la manera de salir de esa situación viva, seguramente cambiaria muchas cosas. Natalia trataba de mover las cuerdas que la estaban presionando sin obtener ningún resultado, estaba claro que esa no era una de esas películas de acción donde la chica mágicamente logra romper sus ataduras.

Tampoco era la valiente heroína de una novela romántica donde de la nada encontraba algo puntiagudo para cortar las cuerdas, no, esa era la vida real, y ahí si te secuestraban o bien pagaban tu rescate y si tus captores eran algo consientes te dejaban libre, o simplemente aunque hubieran cobrado el rescate te eliminaban para limpiar cualquier tipo de prueba.

Comenzó a llorar de la impotencia que sentía, su madre seguramente estaría de los nervios, otro dolor como la pérdida de su esposo no lo soportaría. Y de Robert no sabía ni que pensar, estaba claro que para él lo más importante era la empresa. Si fuera de otra manera no estaría atada de pies y manos, si Robert hubiese dejado de lado la empresa para dedicarse a protegerla, ahora

ella tendría a su hijo entre sus brazos.

Era consciente de que tal vez estaba siendo injusta, que el accidente no solo fue culpa de él, sino por parte de ella también; pero de nada le servía en esos instantes estar lamentándose, ¿Qué si le dolía su mentira?, ¡claro que sí! La estaba matando como un puñal, saber que tu esposo en realidad no te ama. Saber que antes de ti está una maldita empresa. Trató de controlarse, llorando amargamente no conseguiría nada.

Los pasos en la parte de arriba se escuchaban más fuertes, alguien bajando una escalera le puso los pelos de punta, estaban bajando al sótano, se quedó inmóvil para que pensarán que aún estaba drogada. Como tenía los ojos vendados no pudo distinguir nada, pero sintió su presencia muy cerca de ella, alguien le dio una patada en el estómago, pero ella hizo como que no se enteró de nada.

— ¡Demonios Bill!, te has pasado con la droga, estas seguro que no te la cargaste. —escuchó que uno de sus secuestradores decía, mientras le movía el pie con su bota.

—Estoy seguro, de todas maneras no tardara en despertar y es mejor que nos larguemos, el rescate ha sido pagado.

—La dejaremos aquí o la aniquilamos.

Uno de los secuestradores se agachó y comenzó a tocarle las piernas, amasando su trasero.

—Lo que disfrutaría con esta mujer, pero no quiero arriesgarme a que el jefe me dé un plomazo. Las instrucciones son que la dejáramos aquí, en cuanto su esposo pague el dinero que debía su suegro la dejaríamos libre. Para el jefe fue muy fácil hacer caer en banca rota a su suegro, el maldito de Daniells la

tenía sentenciada desde que le dio una paliza al jefe.

Natalia casi llora del alivio al saber que la dejaría libre sin hacerle nada, Robert había pagado el rescate, pero hasta cuando terminarían de pagar por los errores financieros de su padre; ya se habían cobrado con la vida de su padre y la de su hijo. Y por si fuera poco toda la desgracia se debía a una vieja rencilla de su esposo. Esperaba que fuera más listo que esos hombres y los atraparan, quería verlos muertos, ese hombre al que llamaban el jefe le arrebató lo que más quería en esta vida.

Capítulo 18

Últimamente Robert sentía que su mundo se paralizaba en cuestión de segundos, cuando fue por Natalia para salir a comer, se encontró con que ella ya no estaba; la discusión con Mike se hizo eterna, hasta cierto punto su amigo tenía razón, puso en peligro a su familia, todo por una maldita empresa. La llamada a su móvil desde un número desconocido lo puso en alerta, y al escuchar la voz al otro lado de la línea, toda la sangre se le heló, el maldito bastardo que durante años le pego las palizas de su vida, hasta que creció y se pudo defender dejándolo medio muerto, estaba hablándole al teléfono.

—Tengo a tu esposa—fue lo único que dijo, cortándole la respiración.

— ¡Eres un maldito bastardo!—gritó furioso, si ese hombre se atrevía a tocar a su esposa se podía considerar hombre muerto.

—Escúchame bien Daniells, esto va más allá de nuestras rencillas quiero dos millones, en el parque a las siete, déjalos detrás de una banca del centro, dentro de una bolsa de basura; yo estaré esperándolos, tu dinero por tu esposa.

Con ayuda de Mike lograron reunir el dinero, en un tiempo record, y lo dejó tal cual el maldito bastardo estaba esperando que lo hicieran, ahora impaciente miraba el teléfono en espera de que le dijeran el paradero de su

esposa. No supo si pasaron horas, días, o segundos pero la angustia de saberla en las manos de ese hombre le estaba matando. Si su esposa salía viva de esta situación, le daría otra perspectiva a su vida, no quería seguir provocándole más daño, ya no.

En cuanto averiguaron su paradero, salió corriendo como si lo persiguieran mil demonios, necesitaba comprobar que su esposa se encontraba bien, necesitaba ver con sus propios ojos que no la habían tocado; nunca en su vida se perdonaría si a ella le pasaría algo. Una hora después la encontraba maniatada, tirada en el piso de una vieja casa a las afueras de la ciudad.

La primera reacción de Natalia al ver que se quedaba sola fue de alivio, pero no sabía dónde estaba, ni siquiera sabía si alguien la rescataría. Se escuchaba el sonido parecido al de las hojas de los árboles al moverse, pero nada más, pensó que se volvería loca solo de estar esperando. Volvió a intentar deshacerse de sus ataduras pero nada. Coches derrapándose se escuchaban en la lejanía. Natalia nunca fue creyente pero en ese instante rezaba para que no fueran los secuestradores que regresaban para liquidarla. Pasos acelerados se escuchaban que se acercaban a ella. Y la voz de su esposo llegó hasta donde ella estaba, tal parecía que alguien lo quería detener para que no entrara. Alguien cortó las cuerdas que la tenían prisionera y le quitaron la venda que tenía en los ojos.

Empujando con fuerza a los agentes que le estaban reteniendo, Robert llegó hasta ella con la cara desencajada al ver los moretones que tenía, esos delincuentes no habían tenido la delicadeza al bajarla del automóvil donde la habían secuestrado. Sus ojos se encontraron y supo el momento exacto en que todo se derrumbó, ese momento era el indicado para que su esposo se acercara a ella y la protegiera entre sus brazos pero no fue así. No le dijo ni una palabra, no se acercó a tocarla como ella hubiese esperado. Sólo se dio

media vuelta y salió de ahí como si el asunto fuera con él.

Decepción, enojo, tristeza, abandono, fue todo lo que experimentó en esos instantes, quería salir corriendo a gritarle a su esposo que era un reverendo cobarde, que no la abandonara en ese lugar. Pero cuando los agentes la acompañaron a un coche blindado su esposo ya no estaba cerca del lugar.

Su madre estaba esperándola en la casa con los ojos hinchados de tanto llorar, en cuanto la vio sintió tanto alivio que no pudo evitar ponerse a llorar.

—Estas bien hija, apenas si lo puedo creer, nunca en mi vida había pasado tanto miedo.

—Ya estoy aquí—dijo llorando abrazada a su madre, no quería preguntar por su esposo, no, porque el dolor de la decepción sería más grande. Subió a su habitación y su madre la ayudo a prepararse para meterse en la cama como si fuera una niña chiquita, se durmió casi al instante por todo el agotamiento físico y mental por el que estaba pasando.

Las horas pasaron y pronto se dio cuenta de que estaba comenzando amanecer, se giró en su cama para encontrar el lugar de su esposo vacío, ni una sola palabra, nada que le dijera donde estaba o por qué reaccionó de esa manera en cuanto la sintió a salvo. Tenía sentimientos encontrados a cerca de él, por un lado quería que la tomara entre sus brazos y le hiciera el amor hasta que olvidara todas sus tragedias, y por otro lado lo estaba comenzando a odiar por ser un cobarde, que sólo la utilizo para acceder a la empresa de su padre. Se levantó para bajar a desayunar, pues no había probado bocado en todo el día anterior. Se encontró a su madre en el desayunador, mirando al vacío con la mirada perdida.

— ¿Madre estas bien? —preguntó sacándola de sus pensamientos. Su madre la miró con una sonrisa triste invitándola a sentarse junto de ella. Le sirvió

una taza de té y la verdad es que lo agradeció mucho, su estómago clamaba por que se llevara algo a la boca. Muy en el fondo quería preguntarle a su madre por su esposo pero no se atrevió a preguntar. Su madre al ver su mirada le tomó una mano para atraer su atención.

—Estoy bien hija, sabes Robert se ha pasado por la noche y te ha dejado una nota—dijo mientras le entregaba un sobre, del cual no se había percatado que tenía su madre. —Esto hija creo que ya lo he hablado contigo, pensamos que Robert era el hombre perfecto para ti —estaba punto de decir algo pero su madre la interrumpió—, espera hija, tu padre comenzó a hacer negocios que no dieron los frutos esperados—miró sorprendida a su madre de que supiera esa información—, si hija lo sé todo, esos negocios llevaron a tu padre a tener que recurrir a prestamistas, y aunque Robert se había ofrecido a inyectar capital a la empresa tu padre se negó, como llegó a caer tu padre en manos de esos sanguinarios, no lo sé, pero cuando se dieron cuenta del error ya era demasiado tarde; las amenazas comenzaban a llegar, y todos sabíamos que si no pagábamos nos atenderíamos a las consecuencias. Y la consecuencia fue que le quitaron la vida a tu padre, aunque en aquella vez el rescate sí que se pagó, aunque a ti se te ocultó esa información, te dijimos que no habían pedido aun nada, pero la verdad era otra. Tu accidente de coche no fue un descuido tuyo, alguien cortó los frenos para que tuvieras el accidente. De todo este embrollo créeme que nada me ha partido más el corazón que ver el dolor reflejado en tus ojos. En ese instante me hubiese cortado una mano para aliviar tu dolor. Anoche Robert vino a decirme que los agentes lograron dar con los causantes de nuestras desgracias, y que ahora están tras las rejas.

Dinero, todo por el maldito dinero, no podía creer que la gente jugara y decidiera la vida de los demás basándose en el dinero.

—Pero me ha dicho, que en esa carta te ha escrito sus razones, no quiero

interferir pero no tires por la borda todos tus sueños, ni guardes rencor, porque dentro de unos años te puedes arrepentir. Los momentos que pases junto al amor de tu vida, aunque sean fugases serán los que te mantendrán de pie.

Trató de desayunar pero le fue prácticamente imposible, la carta que tenía frente a ella le estaba quemando, necesitaba saber que decía, todo su mundo se estaba viniendo abajo y no estaba dispuesta a sufrir más. Subió a su habitación y cerró la puerta con llave, no quería que nadie la molestara.

La pulcra y firme letra de su esposo estaba impresa en una simple hoja blanca. Una lagrima calló incluso antes de comenzar a leer, le daba la sanción de que era la despedida.

Nat:

Tal vez en estos instantes no comprendas muchas cosas, porque tal vez no empezamos con el pie derecho, pero lo único que puedo decirte es que cada segundo que he pasado a tu lado, ha sido el mejor momento de mi vida. Te preguntaras cuales eran los motivos de mis rechazos, simplemente porque soy un idiota; porque pensaba que no había nada más importante que el dinero, hasta que estuve a punto de perderte.

Después me comporte como un idiota de nuevo, porque te obligue a casarte por unas estúpidas acciones, aunque en el fondo lo que quería era una excusa para tenerte a mi lado. Las cosas a tu lado han cobrado otro sentido para mi vida, le has dado un giro de ciento ochenta grados, y has puesto en perspectiva todas mis aspiraciones, ahora tú eres mi prioridad y por lo tanto, no quiero seguir dañándote como lo he hecho hasta el momento, tampoco quiero seguir poniéndote en peligro.

Sé que me dirás que quedan muchas cosas por concluir pero lo único que

puedo decir es que me he dado cuenta de que te amo más de lo que imagine amar a una persona. Y por ese amor que te tengo, me alejaré de ti, no quiero volver a ver en tus ojos la decepción, el miedo por tu seguridad, ni el miedo a tu persona, ya no más, quiero que seas feliz, y si esa felicidad está lejos de mí, estoy dispuesto aceptarlo. Mike se pondrá en contacto contigo para poner en orden el tema del divorcio.

Se feliz cielo, y trata de olvidar el pasado.

Con amor Robert.

Cuando terminó de leer la carta no sabía si reír o llorar, el muy estúpido le confesaba que la amaba, pero al mismo tiempo huía de ella, dejándola sola. Tenía tantas cosas que pensar, pero sobre todo necesitaba poner en cause si vida para siempre.

Capítulo 19

Un mes después

Las olas del mar golpeaban contra sus pies, tenía un mes desde que su esposo la había abandonado, meses desde que su padre y su hijo habían muerto, pero las heridas aun dolían como si hubieran sido el día anterior, su corazón sanaba a un paso bastante lento pero lo importante es que estaba sanando. Se prometió que recuperaría su vida, y eso pensaba hacer. Dejó que todo el pasado se quedara atrás donde debería de estar, Mike se había puesto en contacto con ella para la firma de los papeles de divorcio. Y ahí estaba con los papeles en la mano para llevarlos personalmente a que el infeliz hombre que la enamoró y jugó con ella los firmara.

No le fue difícil reconocer la silueta de su esposo al final de la playa, estaba muy guapo con su ropa de playa, en cuanto lo vio, los nervios se comenzaron a apoderar de ella, no sabía si sería capaz, pero tenía que intentarlo. Llegó hasta donde estaba Robert sin que se percatara de su presencia.

—Robert—dijo llamándolo, su esposo en cuanto escuchó su voz cerró los ojos, sin volverse para mirarla.

— ¿Qué estás haciendo aquí Natalia?

—Entregarte esto—dijo tendiéndole los papeles de divorcio—al parecer hace

falta tu firma.

Después de esas palabras Robert se volteó y la observó por primera vez cortándole la respiración, estaba más delgado y tenía expresiones en el rostro que denotaban cansancio. Su primer instinto fue tocarlo, pero desistió al ver que el sacaba un bolígrafo de su camisa y se disponía a firmar los documentos. Cerró los ojos tratando de contener el llanto, pensaba que en cuanto la tuviera frente a él, se daría cuenta de lo mucho que la había extrañado y le pediría otra oportunidad. Pero no fue así, observando lo papeles de reojo, firmó una a una las hojas donde ponía su nombre.

—También falta tu firma Nat—dijo Robert entregándole los documentos y el bolígrafo para que firmará.

—Esto es el adiós definitivo Robert. —Tomó las hojas que le tendía y las firmó sintiendo que la vida se le escapaba en ese momento—Ya está, legalmente no somos nada. Adiós Robert.

—Adiós Nat. —dijo su esposo metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

Natalia se dio media vuelta comenzando a caminar rogando a cada paso que daba que la detuviera, pero conto hasta diez pasos y él no la detuvo. Sintiendo que una furia enorme se apoderaba de ella, caminó de nuevo esos diez pasos, para golpear por la espalda a Robert.

—Me niego Robert, me niego a que esto terminé aquí, ¡eres un maldito cobarde! que prefiere huir antes de afrontar los problemas como debe de ser, ¡te odio! Eres un estúpido idiota que me abandonó justo después de que me secuestraran. Te odio Robert, te odio como nunca he odiado a otra persona... pero te amo, y eso no lo va a cambiar nadie.

—Solo te hago daño Nat—dijo abrazándola a él, Natalia sentía que estaba en la gloria después de un mes de estar separada de él.

—Y lo seguirás haciendo, porque eres un idiota, pero te amo, y no me puedes abandonar. —tomó los documentos de matrimonio y los rompió en pedazos arrojándolos al mar— sigues unido a mi Robert, para bien o para mal, y tal como un día me dijiste, estaré unida a ti hasta mi último aliento.

—No te vas a arrepentir, eres el amor de mi vida. Perdóname por ser un cobarde. Pero estaba harto de ver todo el daño que te causaba.

—Te amo Robert, y nunca me oyes, nunca te libraras de mí. Ahora vuelve a mi lado, antes de que la gente vea el daño que me ha causado tu abandono.

—Te amo cielo, pero hoy no saldremos de la casa, ya mañana regresaremos a la ciudad, pero hoy serás completamente para mí.

—No esperaba menos de usted señor Daniells, vamos a esa casa que has rentado. Tengo que darle el visto bueno.

Lo único que Natalia quería era estar entre sus brazos, hicieron el amor como si nunca en la vida se hubiesen amado, amaba tanto a su esposo que volvería a vivir la misma vida con tal de estar a su lado una vez más.

Epilogo

Natalia observaba a su pequeño hijo dormido sobre la cunita dentro de la habitación infantil de su casa, le gustaba observarlo por horas, era su milagro, su pequeño milagro. La doctora le había dado pocas probabilidades para llevar un embarazo a término, y aunque tuvo que tener especial cuidado logró que su bebé naciera fuerte y sano.

Robert casi le da un infarto nada más de pensar en pasar por el mismo trago amargo, pero ella le dijo que deseaba más que a nada en la vida ese hijo, y nada impediría que naciera saludable. Su madre había comenzado un cruceo por el mundo, eran los planes que tenía con su esposo, así que los iba hacer realidad aunque su esposo ya no estuviera con ella.

—Estas lista, cielo—dijo Robert abrazándola por la cintura, mirando también a su pequeño hijo—parece un angelito, no logró entender porque se pone tan tremendo para hacer berrinches.

—No cambiaría nada en él, es perfecto.

—Tan perfecto como su madre, vamos es momento de que me vuelvas a jurar lo mucho que me amas.

—Es usted un presuntuoso señor Daniells. Tiene el ego muy alzado.

—No puede negar que desde siempre ha estado usted loca por mi señora

Daniells.

—Culpable, debo decir que me ha cautivado usted desde el primer día en que puso un pie en mi casa, y todavía tuvo el descaro de mirarme como si fuera un insecto.

—No me arrepentiré lo suficiente de eso, pero es que era un idiota, un idiota que estaba comenzando a enamorarse por primera vez, y estaba entrando en pánico.

—Pues he amado a ese idiota por todos estos años, y lo seguiré amando más allá de la eternidad.

—Es usted una romántica señora Daniells, y por eso la amo, más que a nada en el mundo.

Fin

Nota de la autora

El camino que recorreremos los que escribimos es muy largo, tan largo como el de cualquier otra profesión, el tiempo empleado en escribir una novela corta así sea de cien páginas, es mucho, a veces nos puede costar semanas, a veces nos puede costar meses en terminar una novela. Por eso valoró mucho el trabajo de todos los que en algún momento han decidido hacer lo que más les gusta; como escribir.

Pero no sólo está la parte del escritor, la parte más importante de todo este camino son los lectores, y por ello y por haber llegado hasta esta página, te quiero decir GRACIAS. Y que sepas que lo más importante para el autor siempre será el lector, porque sin ustedes que nos leen simplemente no estaríamos donde estamos. Un saludo enorme y un beso. ¡Feliz inicio de año!

Vanessa Lorenz